índice 4/0

la arquitectura entendida
+ allá lo sensible

UNIVERSIDAD EUROPEA DE CANARIAS

AUTORA: GABRIELA LETECHIPÍA PÉREZ
TUTOR: ORLANDO GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ
GRADO EN FUNDAMENTOS DE LA ARQUITECTURA
CURSO ACADÉMICO 2025/2026

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por su esfuerzo incansable y por sostener siempre aquello que no se ve. Gracias por haber sido mi apoyo fundamental durante este camino, acompañarme con paciencia, confiar en mí incluso en los momentos de duda y hacer posible que hoy esté aquí.

A mi abuela, el amor más puro que he conocido y una de las personas más importantes de mi vida. Gracias por enseñarme a mirar con ternura y transmitirme una forma tan sincera y generosa de ver el mundo. Siempre serás mi mayor inspiración.

A mi tutor, Orlando, por haberme acompañado en este proceso con respeto y confianza. Gracias por permitir que el trabajo encontrara su forma, sin imponer un único camino.

A mis compañeros y profesores que me han acompañado durante estos cinco años. Me llevo aprendizajes, experiencias y personas que han hecho de esta etapa un camino de crecimiento, tanto académico como personal.

A todas las personas que, de una forma u otra, se han prestado a ayudar y han sido parte de este proceso.

Y, por último, a mí misma. Este trabajo siempre quedará unido al momento en el que fue escrito, como una forma de volver a mí, abrazar mi propia sensibilidad y expresar cómo entiendo el mundo e intento estar en él sin dejar de sentir, cuidar y ser humana.

Toda la documentación fotográfica se ha tratado con respeto y cuidado, atendiendo especialmente a la vulnerabilidad de quienes aparecen en las imágenes y a la privacidad de los espacios registrados. Todos los retratos cuentan con un consentimiento informado firmado por escrito. Asimismo, se ha procurado preservar la intimidad de quienes han decidido mantener su anonimato, evitando también la exposición innecesaria de lugares o viviendas que se encuentran en mal estado.

RESUMEN

Este Trabajo de Fin de Grado parte de una forma de entender la arquitectura desde lo sensible, no como una dimensión secundaria o únicamente emocional, sino como una herramienta de conocimiento capaz de atender a aquello que une a las personas con los lugares. La mirada se dirige hacia las materias envejecidas, los elementos cotidianos, las huellas de uso y las pequeñas señales que permiten reconocer un entorno como propio.

A partir del caso de Garafía, en el noroeste de La Palma, se plantea una aproximación al territorio rural que no lo reduce a despoblación, aislamiento o deterioro, sino que atiende también a las formas de permanencia presentes en su vida diaria. La investigación propone una metodología de lectura previa, gráfica y fragmentaria, orientada a identificar qué condiciones materiales y sensibles sostienen la legibilidad del lugar antes de pensar en futuras transformaciones.

La fotografía actúa como primer archivo de aproximación; el fragmento, como unidad capaz de condensar vínculos entre arquitectura, cuerpo, terreno y paisaje; y el dibujo, como medio para traducir lo observado en una lectura comprensible.

Como resultado, se plantea una aproximación basada en el cuidado y en la atención a lo existente, capaz de reconocer condiciones que, por su escala o aparente sencillez, suelen quedar al margen de las representaciones más amplias del territorio. En este trabajo, la arquitectura se entiende así no solo como producción de forma construida, sino como una manera de mirar, interpretar y acompañar aquello que hace posible seguir habitando un lugar.

Palabras clave: Arquitectura sensible; territorio rural; Garafía; lectura gráfica; fragmento arquitectónico; permanencia; cuidado del lugar; fotografía; paisaje rural; materialidad.

ABSTRACT

This Bachelor's Thesis is based on an approach to architecture that focuses on the sensory, not as a secondary or purely emotional dimension, but as a tool for understanding capable of addressing what connects people to places. The focus is on weathered materials, everyday objects, signs of wear and tear, and the small clues that allow us to recognise an environment as our own.

Taking the case of Garafía, in the north-west of La Palma, the project proposes an approach to the rural landscape that does not reduce it to depopulation, isolation or decay, but also considers the forms of permanence present in its daily life. The research proposes a preliminary, graphic and fragmentary methodology, aimed at identifying which material and sensory conditions underpin the legibility of the place before considering future transformations.

Photography serves as the initial archive of approach; the fragment, as a unit capable of condensing links between architecture, body, terrain and landscape; and drawing, as a means of translating what is observed into a comprehensible reading.

As a result, an approach is proposed that is based on care and attention to what already exists, capable of recognising conditions which, due to their scale or apparent simplicity, are often overlooked in broader representations of the territory. In this work, architecture is thus understood not only as the production of built form, but as a way of observing, interpreting and supporting that which makes it possible to continue living in a place.

Keywords: Sensitive architecture; rural landscape; Garafía; graphic interpretation; architectural fragment; permanence; care for the place; photography; rural landscape; materiality.



Comprender la fragilidad de la memoria implica también acercarse a quienes conviven con ella. Tal vez desde esa experiencia sea posible ensayar una mirada más atenta hacia lo vulnerable, lo cotidiano y aquello que todavía merece ser cuidado.

ÍNDICE

Introducción 10

Capítulo 1: Leer lo que permanece 14
"Antes de mirar, detenerse" 16
"La fotografía como dispositivo de atención" 19
"El fragmento como unidad de lectura" 22
"Del espacio percibido al lugar legible" 24
"Materia, tiempo y uso"..... 26
"Mundo rural y contradicción" 30
"Contexto y problema"..... 34
Capítulo 2: Del recorrido a la carta 44
"Del archivo fotográfico a la selección del fragmento" 45
"Del fragmento al territorio" 47
"Aproximación territorial y lectura previa" 48
Capítulo 3: Indicios de una forma de habitar 50
"Arquitectura tradicional canaria, La Palma" 52
"Tres elementos constructivos como entrada al habitar rural"... 53
"La ventana" 54
"La esquina" 58
"La cubierta" 62
"De la construcción a la abstracción" 66
"Presentación urbanísitca"..... 68
"Propuesta"..... 70
"Indicio 40" 74

Conclusiones 80
Bibliografía 84



INTRODUCCIÓN

"El espacio habitado trasciende el espacio geométrico."
Gaston Bachelard

A veces, la relación con un lugar no comienza en la arquitectura, sino en la forma en que alguien nos enseña a mirarlo. Hay espacios que adquieren importancia no solo por su escala, su singularidad o su valor visible, sino por haber estado vinculados a una manera concreta de vivir. Esa experiencia no convierte al territorio en una vivencia únicamente personal, pero sí permite comprender que un lugar no se reconoce solo por aquello que muestra, sino también por la forma en que ha sido usado, cuidado, recorrido y recordado.

Ocupar un espacio no equivale necesariamente a habitarlo. Esa experiencia implica una relación continuada entre las personas, la materia construida y el entorno donde se desarrolla la vida cotidiana. Por eso, un lugar no se define únicamente por su dimensión geométrica, formal o funcional. También se construye desde los usos que acoge, desde las formas de apropiación que permite, los gestos que se repiten y las permanencias que se acumulan lentamente en el tiempo.

Esta investigación nace de una posición concreta: atender antes de transformar y comprender antes de decidir. En muchos casos, aquello que permite entender un entorno habitado se encuentra en relaciones pequeñas, dispersas y aparentemente secundarias entre construcción, uso, materia, paisaje y tiempo. La arquitectura, entendida desde lo sensible, permite detenerse precisamente en esas relaciones sin renunciar al rigor técnico que exige su interpretación.

Desde esta posición, la sensibilidad no se plantea como una alternativa al análisis, sino como una ampliación del campo de atención. Frente a una lectura exclusivamente técnica o cuantitativa, permite incorporar aspectos que forman parte de la experiencia del lugar: la presencia de una vivienda cerrada, la huella de una reparación o un rostro que todavía guarda memoria del territorio.

Esta actitud se aproxima a una forma de empatía crítica con el lugar. No se trata de idealizar lo existente ni de convertir el territorio en una imagen nostálgica, sino de preguntarse qué sostiene, qué ha perdido, qué conserva, qué necesita y hasta dónde puede cambiar sin dejar de ser reconocible. Intervenir sobre un lugar sin esta comprensión previa puede producir transformaciones formalmente correctas, pero profundamente ajenas a la vida que allí se ha desarrollado.

Muchas modificaciones territoriales contemporáneas evidencian esa dificultad. Paisajes rurales convertidos en imágenes decorativas, rehabilitaciones que conservan la materia pero borran formas de uso, arquitecturas que sustituyen sin escuchar o territorios leídos únicamente desde la rentabilidad y la oportunidad de crecimiento muestran las consecuencias de actuar sin una lectura suficiente de lo existente. Frente a ello, una aproximación atenta no pretende detener el cambio, sino dotarlo de mayor conciencia.

Los seres humanos no perciben el entorno de una manera única ni uniforme. Cada persona procesa los estímulos ambientales desde una experiencia, una sensibilidad y una memoria distinta. Aquello que para alguien puede pasar desapercibido, para otra persona puede constituir una referencia esencial.

La arquitectura participa en esa relación más de lo que a menudo se piensa: orienta, protege, expone, reúne, separa e incomoda. No actúa únicamente como fondo físico de la vida, sino como una estructura capaz de influir en la manera en que se percibe, se recuerda y se habita un entorno.

Por ello, el estudio de un lugar no puede limitarse a una descripción objetiva de sus formas visibles. También debe atender a aquello que esas provocan, permiten o sostienen. La identidad de un territorio no reside únicamente en sus elementos construidos, sino en las relaciones que estos mantienen con quienes los usan, los transforman y los reconocen. En ese cruce entre forma, uso y percepción se sitúa esta investigación.

Este planteamiento se apoya en dos acciones principales: observar y ordenar. Observar implica detener la atención sobre aquello que no siempre aparece en un primer contacto. Ordenar supone traducir lo registrado en una estructura gráfica capaz de hacer comprensibles las relaciones que dan espesor al lugar. Ambas acciones desplazan el análisis desde el objeto arquitectónico aislado hacia las conexiones que lo vinculan con quienes lo habitan, con el terreno en el que se encuentra y con el tiempo que lo transforma.

El territorio rural permite plantear esta cuestión con especial claridad. No porque permanezca inmóvil, sino porque mantiene relaciones más lentas entre el tiempo, el paisaje y las formas de vida. Frente a lecturas que reducen lo rural a una imagen de carencia o a diagnósticos centrados exclusivamente en la pérdida, esta investigación propone atender también a aquello que permanece activo.

La llamada España vaciada ha puesto sobre la mesa, desde hace ya muchos años, problemas urgentes vinculados a la despoblación, el envejecimiento, la pérdida de servicios o el deterioro del patrimonio construido. Sin embargo, cuando el medio rural se analiza únicamente desde aquello que le falta, se corre el riesgo de no reconocer aquello que todavía lo sostiene.

Sigue siendo cierto que estas condiciones forman parte de muchas realidades rurales actuales y no deben ser ignoradas. Pero tampoco explican por completo la complejidad de un territorio habitado.

Un lugar no deja de existir únicamente porque pierda población o actividad económica. Mientras conserve formas de relación, referencias materiales, usos cotidianos, gestos y vínculos con el paisaje, sigue manteniendo una estructura reconocible. Antes de plantear cualquier transformación, resulta necesario identificar qué condiciones permiten que continúe siendo vivido.

El caso de estudio se sitúa en Garafía, municipio localizado en el noroeste de la isla de La Palma, en la provincia de Santa Cruz de Tenerife. Con una extensión aproximada de 103 km², constituye uno de los municipios más extensos de la isla. Su topografía compleja, marcada por barrancos, fuertes desniveles y una alta dispersión de los asentamientos, da lugar a una forma de ocupación fragmentada, donde la relación entre vivienda, terreno, camino y paisaje adquiere un papel estructurante.

Estas características dificultan una lectura basada únicamente en una visión de conjunto. La escala general permite reconocer la dimensión territorial del municipio, pero no siempre alcanza a explicar las relaciones concretas que sostienen su forma de habitar. En Garafía, la vivienda aparece ligada al suelo, al recorrido, a la orientación, al clima y al paisaje próximo. Por ello, resulta necesario aproximarse a unidades menores de observación, capaces de mostrar con mayor precisión cómo se producen esos vínculos.

El fragmento se adopta así como unidad de trabajo. No se entiende como una parte aislada ni como una reducción de la complejidad del territorio, sino como un ámbito acotado desde el que pueden reconocerse relaciones que, a escala general, quedarían diluidas. Desgranar un lugar capa a capa ayuda a comprender cómo una vivienda se abre al paisaje, se une al terreno, se protege del clima o cómo se repiten ciertos gestos constructivos. La parte no elimina la totalidad, sino que ofrece una escala desde la que volver a comprenderla.

Desde esta posición, el Trabajo de Fin de Grado plantea una propuesta metodológica de lectura gráfica y catalogación del territorio habitado en Garafía. Su aportación consiste en construir un instrumento previo de reconocimiento, representación y análisis que permita intervenir con mayor criterio sobre un contexto rural disperso. La vivienda no se toma como una pieza autónoma, sino como parte de un entramado más amplio de relaciones con el paisaje, la materia, el cuerpo y la continuidad cotidiana del lugar.

El objetivo general consiste en elaborar una lectura gráfica y fragmentaria del territorio habitado, capaz de hacer visibles sus condiciones sensibles y espaciales. Esta lectura se estructura a partir de relaciones elementales entre arquitectura y entorno, con el fin de reconocer cómo se produce la apertura hacia el paisaje, cómo se establece la costura con el terreno y cómo se construyen formas de protección frente al clima, la exposición y el paso del tiempo.

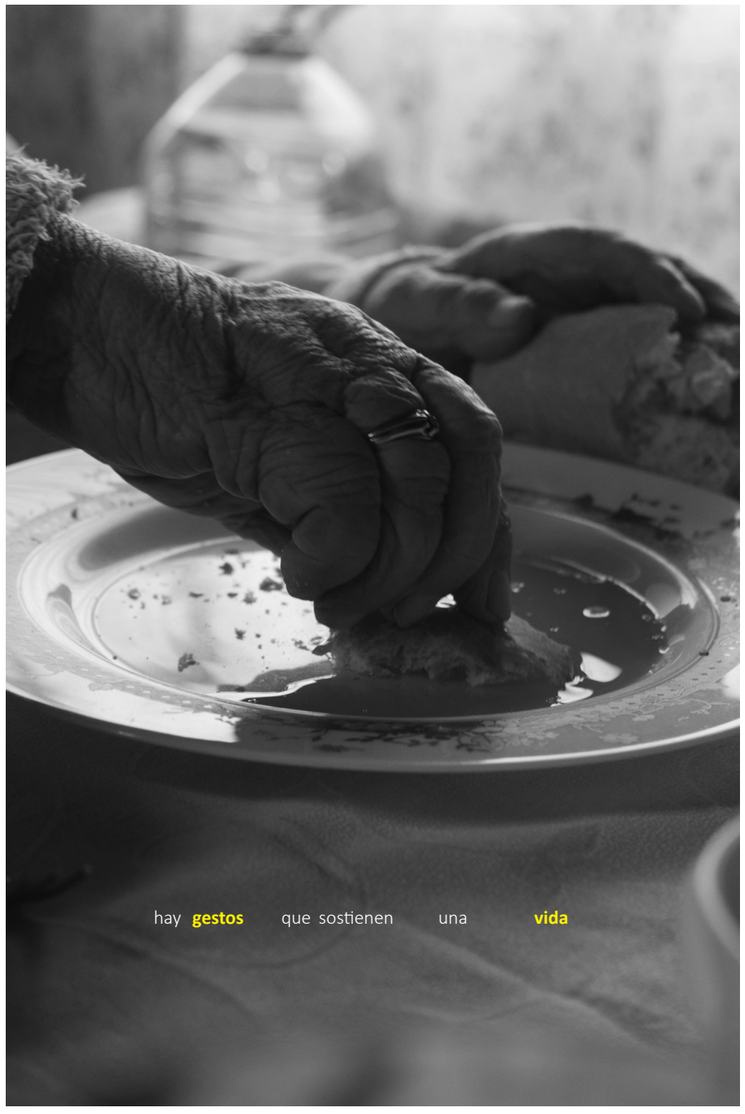
La propuesta se concreta, por tanto, en un sistema de observación, registro y representación que transforma los indicios dispersos del territorio en herramientas legibles para la disciplina arquitectónica. No se trata de fijar una interpretación única del lugar, sino de establecer una metodología replicable en la medida de lo posible, capaz de orientar futuras decisiones de proyecto desde una comprensión más precisa de lo existente. Su valor operativo reside en ordenar aquello que normalmente aparece disperso en la experiencia del lugar y que estudiado en conjunto puede permitir reconocer cómo se habita, se transforma y se recuerda un territorio.

Así, la investigación no se limita a una lectura contemplativa del medio, sino que propone una base gráfica y crítica desde la que otros arquitectos puedan reconocer, comparar e interpretar condiciones previas antes de intervenir. Esta aproximación permite desplazar la atención hacia relaciones que, resultan fundamentales para entender la permanencia, la transformación y la identidad sensible de un lugar. La lectura se convierte, en este sentido, en una herramienta de proyecto: no sustituye a la intervención futura, pero sí establece las condiciones necesarias para que esta pueda producirse con delicadeza, coherencia y responsabilidad territorial.

I

CAPÍTULO 1

LEER LO QUE PERMANECE



II

III

1
ANTES DE MIRAR, DETENERSE

Antes de construir cualquier lectura del territorio, aparece una condición previa: detenerse. No como una pausa pasiva, sino como una forma activa de atención. Detenerse implica suspender, al menos por un momento, la necesidad de clasificar, diagnosticar o interpretar de manera inmediata. Supone aceptar que un lugar no siempre se muestra con claridad desde el primer contacto y que muchas de sus claves no aparecen en aquello que resulta más visible.

Esta posición resulta especialmente importante cuando se trabaja sobre territorios que suelen ser interpretados desde diagnósticos ya reconocidos. Aunque esas lecturas pueden ser necesarias, también pueden reducir la complejidad del lugar si se convierten en la única forma de aproximación. Antes de nombrar un territorio desde aquello que ha perdido, conviene atender a lo que todavía lo sostiene.

No se trata de volver a describir el medio rural desde sus problemáticas más evidentes, sino de modificar la forma en que se entra en contacto con él. La atención se dirige hacia indicios que normalmente quedan fuera de una primera lectura y que, sin embargo, pueden ofrecer claves fundamentales para comprender cómo un lugar sigue siendo habitado.

Frente a una mirada rápida, que tiende a reducir el territorio a una imagen general o a un conjunto de datos, esta investigación parte de una aproximación más lenta, situada y atenta. No busca únicamente lo excepcional, sino también aquello que permanece en segundo plano. La atención hacia lo pequeño no implica disminuir la importancia del territorio, sino acercarse a él desde otra escala. En muchos casos, lo menor no interesa por su tamaño, sino por su capacidad para concentrar información. Aquello que parece secundario puede mostrar cómo se usa un lugar, cómo se adapta a unas condiciones concretas o cómo cambia sin perder del todo su continuidad. Desde esta perspectiva, la lectura no comienza necesariamente en la totalidad, sino en aquellos puntos donde esta puede entenderse con mayor precisión. Algunos trabajos sobre percepción ambiental y paisaje insisten en que la lectura de un lugar no puede reducirse a sus datos físicos o visibles, sino que debe atender también a las percepciones, experiencias, valores y vínculos que las personas construyen con su entorno (Robles García, 2011) [2].

Observar de esta forma exige evitar una interpretación prematura. Antes de afirmar qué significa un lugar, resulta necesario atender a cómo se presenta, qué elementos permanecen, qué formas de uso continúan activas y qué relaciones sostienen su reconocimiento. Esta actitud no sustituye al análisis posterior, sino que lo prepara. La atención funciona aquí como una posición de partida: una manera de decidir qué merece ser observado antes de convertirlo en objeto de estudio.

Toda mirada selecciona. No existe una observación completamente neutra. Mirar supone elegir una distancia, un tiempo, una escala y una forma de aproximación. Por ello, esta investigación asume desde el inicio una posición concreta: atender a las condiciones materiales y sensibles que permiten leer la vida rural más allá de sus formas evidentes. No se trata de imponer una interpretación sobre el lugar,

sino de permitir que ciertas cuestiones poco atendidas puedan hacerse visibles y aportar información que una lectura general podría dejar fuera.

Desde esta posición, la atención adquiere también una dimensión crítica. No consiste solo en mirar con más calma, sino en aceptar que el modo de observar condiciona aquello que después será posible representar. Si la mirada parte demasiado rápido de una idea cerrada, algunos vínculos materiales, espaciales y sensibles quedan fuera antes incluso de ser reconocidos. Por eso, este primer momento no busca confirmar una hipótesis, sino abrir el campo de observación para que el lugar pueda mostrar relaciones que todavía no han sido nombradas [4].

Detenerse no significa quedarse inmóvil. Es una acción de lectura previa. Permite que el lugar gane espesor y reconoce que algunas de sus claves aparecen únicamente cuando la atención se desplaza hacia lo próximo, lo repetido y lo aparentemente secundario. En el ámbito rural, donde paisaje, arquitectura y uso se han transformado lentamente a lo largo del tiempo, esta forma de mirar permite identificar condiciones que no siempre resultan evidentes, pero que son necesarias para comprender la continuidad del lugar [5].

Desde aquí comienza la investigación: no desde una respuesta cerrada, sino desde una forma de mirar capaz de abrir el territorio a una lectura más precisa. La atención se convierte así en el primer gesto necesario para hacer legible aquello que permanece disperso, silencioso o poco atendido dentro de un territorio habitado.







1
LA FOTOGRAFÍA COMO DISPOSITIVO DE ATENCIÓN.

Si el primer gesto consiste en detener la mirada, la fotografía aparece como una de las herramientas capaces de hacerla visible. No se utiliza aquí como un recurso estético ni como una forma de idealizar el territorio, sino como un dispositivo de atención. Fotografiar implica seleccionar, encuadrar y suspender una situación concreta para poder volver a ella más tarde. Permite fijar aquello que durante el recorrido podría quedar disperso, pasar desapercibido o perderse dentro de una experiencia demasiado amplia.

La fotografía introduce una pausa. No porque congele por completo la realidad, sino porque separa un fragmento continuo del lugar y lo convierte en objeto de observación. En este sentido, la imagen no sustituye al territorio, pero permite regresar a él desde otra posición. Aquello que en el momento de la visita aparecía mezclado con el movimiento, la luz, el sonido, el cuerpo o la experiencia directa queda contenido en una superficie que puede revisarse, compararse y leerse con mayor lentitud.

Esta posibilidad resulta especialmente importante en una investigación como esta, que trabaja con relaciones materiales y sensibles. Muchas de las condiciones que construyen una forma de vida no aparecen como hechos aislados ni como elementos fácilmente clasificables. Se manifiestan en pequeños detalles: una textura, un desgaste, una reparación, una forma de apoyar el cuerpo o una relación concreta con el paisaje. La fotografía permite conservar esas situaciones sin exigirles todavía una explicación cerrada.

En la investigación social, la imagen fotográfica se ha entendido como una herramienta capaz de observar, analizar y teorizar la realidad, precisamente porque ayuda a contextualizar lo observado y a profundizar en aspectos menos visibles mediante otros modos de registro [6]. Esta idea resulta útil para este trabajo: la fotografía no se plantea como una prueba definitiva de lo real, sino como un dato sensible, una forma de reunir información material, espacial y perceptiva que después pueda ser interpretada.

Sin embargo, asumir este medio como herramienta de conocimiento exige reconocer también sus límites. Todo encuadre selecciona: deja algo dentro y algo fuera. En ese sentido, nunca es un registro completamente inocente; organiza la mirada, dirige la atención y se es consciente de que puede condicionar lo que el lector comprende del lugar. Puede acercar a lo que no se ve de inmediato, pero también reducir la realidad a aquello que quien fotografía decide mostrar.

Esta tensión no invalida su uso; al contrario, obliga a utilizarla de forma consciente. Fotografiar no significa capturar la totalidad del lugar, sino construir una aproximación parcial, situada y necesariamente subjetiva. En esta investigación, esa mirada no se oculta ni se presenta como neutral. Se asume como punto de partida. Las imágenes permiten compartir con quien lee la posición desde la que se ha observado Garafía: una forma concreta de acercarse al lugar, elegir ciertos fragmentos y prestar atención a determinadas relaciones.

Por eso, la fotografía funciona aquí como una manera de compartir la mirada. No se pretende decir al lector qué debe ver, pero sí ofrecerle un acceso a aquello que ha sido considerado relevante dentro del proceso de observación. Es una invitación a mirar desde una posición determinada, aunque sin cancelar la posibilidad de que cada imagen genere nuevas lecturas. Toda fotografía conserva esa apertura: muestra algo, pero no lo agota.

Algunos estudios sobre observación y registro fotográfico advierten que la fotografía no debe utilizarse solo como constancia de haber estado en un lugar. Cuando se emplea de manera automática, como simple prueba de observación, pierde capacidad crítica. Su interés aparece cuando permite reflexionar sobre cómo se mira aquello que se observa y qué criterios sostienen esa selección [7]. En esta investigación, la fotografía no opera como inventario visual, sino como una primera forma de lectura: cada imagen registra una situación, pero también revela una posición ante el territorio.

El valor del archivo fotográfico reside en su capacidad para ser revisado. Al observar las imágenes en conjunto, dejan de ser únicamente registros aislados y comienzan a mostrar insistencias: relaciones que se repiten, gestos constructivos que reaparecen, formas de contacto entre piezas, usos o materiales que adquieren sentido al compararse. La fotografía permite detectar esas recurrencias sin necesidad de haberlas definido desde el principio.

Esta idea conecta con la necesidad de una mirada lenta sobre las imágenes. Mirar una fotografía no consiste únicamente en identificar lo que aparece en ella, sino en atender a sus detalles, sus bordes y sus silencios. Una imagen no entrega todo su sentido de forma inmediata; exige tiempo, descripción e interpretación. Alessandra Merlo plantea precisamente la lectura fotográfica como una invitación a mirar con lentitud, alejándose de una recepción pasiva de la imagen [8]. En este trabajo, esa lentitud permite que la fotografía no sea solo resultado del recorrido, sino una herramienta para pensar el territorio después de haberlo atravesado.

El encuadre adquiere entonces un papel fundamental, no es solamente decidir qué aparece en la imagen, sino construir una relación entre elementos. La fotografía permite aislar fragmentos sin separarlos del todo de las relaciones que los hacen significativos. Un detalle constructivo, una reparación, una persona, un borde o una superficie no interesan de manera aislada, sino por la forma en que establecen vínculos con el paisaje, el cuerpo, el terreno o el paso del tiempo.

Por ello, la imagen no se entiende aquí como una representación final del lugar, sino como una herramienta intermedia entre la experiencia directa y la lectura gráfica. Primero permite mirar; después, comparar; finalmente, traducir. La fotografía recoge situaciones materiales y sensibles que más tarde pueden convertirse en dibujo. Su función no termina en mostrar lo que existe, sino en abrir una forma de interpretación.

En este proceso, la fotografía también ayuda a evitar una idealización excesiva del lugar. Al trabajar desde imágenes concretas, aparecen inevitablemente el desgaste, las transformaciones, las contradicciones y las formas reales de uso. El territorio no se presenta como una imagen pura ni como una escena detenida en el pasado, sino como un lugar vivo, atravesado por cambios, permanencias y ajustes cotidianos. La cámara permite registrar esa condición sin necesidad de convertirla en nostalgia.

Así, la fotografía se emplea como una primera forma de aproximación a Garafía. No sustituye el análisis arquitectónico, sino que lo prepara y acompaña. Su valor no reside únicamente en lo que muestra, sino en la atención que activa: obliga a mirar despacio, a elegir, a reconocer límites y a aceptar que toda lectura del lugar comienza siempre desde una posición concreta.



Dioclesiana Pérez Pérez

1
EL FRAGMENTO, UNIDAD DE LECTURA.

Después de detener la mirada y asumir la fotografía como primera forma de aproximación, aparece una cuestión necesaria: desde dónde leer el territorio. En este punto, el fragmento surge como una forma de entrada. No se entiende como una reducción del lugar, sino como una escala capaz de hacer visibles relaciones que no siempre se manifiestan en una lectura general, como las pequeñas decisiones constructivas o las formas silenciosas de continuidad. Por eso, esta investigación no parte de la totalidad territorial como una imagen cerrada ni del patrimonio rural como un objeto completo y aislado. La lectura se desplaza hacia partes concretas capaces de concentrar relaciones. Su valor no reside únicamente en lo que son, sino en aquello que permiten leer.

Esta forma de aproximación encuentra apoyo en una comprensión del territorio como realidad compleja y relacional. Bernardo Mançano Fernandes advierte que el territorio no debe reducirse a una superficie o a un simple espacio de gobierno, sino entenderse desde su diversidad, sus relaciones y sus distintas formas de producción. En su planteamiento, el territorio no es una unidad plana, sino una realidad atravesada por dimensiones sociales, materiales, políticas y culturales. De ahí su afirmación: “Cuando comprendo al territorio como un todo estoy entendiendo su multidimensionalidad” [9]. Si el territorio es multidimensional, una lectura totalizante resulta insuficiente; necesita puntos concretos donde esas dimensiones puedan cruzarse y hacerse visibles.

El fragmento funciona precisamente como uno de esos puntos de cruce. En él se encuentran escalas distintas: la del cuerpo, la materia, la vivienda, el terreno y el paisaje. Estudiar fragmentos no significa aislar elementos, sino reconocer que ciertas partes contienen relaciones más amplias. La lectura no busca separar la pieza del conjunto, sino comprender cómo este aparece inscrito en ella.

La teoría del habitar ayuda a reforzar esta posición. Néstor Casanova Berna plantea que el habitar no puede reducirse a una función ni a una consecuencia automática de proyectar y construir. En el Tratado de teoría del habitar, afirma que debe entenderse como “la continua producción omnipresente de relaciones humanas con los lugares” [10]. Esta idea permite dejar de mirar la vivienda únicamente como objeto arquitectónico y empezar a entenderla desde las relaciones que la hacen habitable.

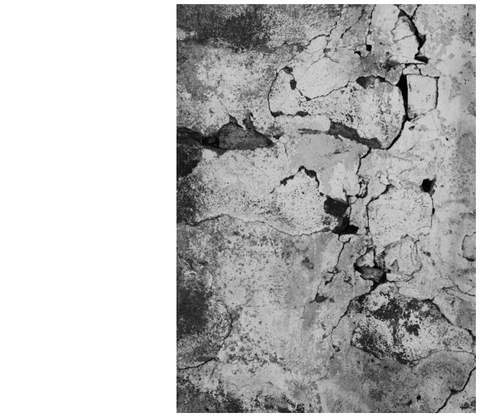
Así, el fragmento permite leer el habitar no como una forma cerrada, sino como una red de vínculos. No interesa únicamente aquello que muestra de manera visible, sino la relación que activa: cómo se apoya, cómo se orienta, cómo se transforma o cómo participa en la continuidad del lugar. La parte deja de entenderse como un objeto aislado y empieza a leerse como una situación. Lo importante no es solo su presencia física, sino su capacidad para revelar una manera concreta de estar en el territorio.

También desde la relación entre teoría urbana y teoría del habitar se insiste en la necesidad de mirar más allá de las formas construidas como simples objetos. Casanova Berna señala que ciertas aproximaciones actuales se dirigen “más a las personas que a las cosas, a los gestos del cuerpo habitante más

resulta útil para una lectura rural como esta. En Garafía, el interés no se sitúa en describir edificios como piezas autónomas, sino en comprender cómo determinados gestos constructivos y materiales siguen vinculando a las personas con el terreno, el paisaje y el tiempo.

El patrimonio rural no se aborda, por tanto, como una realidad cerrada. Una lectura de ese tipo podría reducirlo a formas, tipologías o estados de conservación. Esta investigación se sitúa en otra escala: una próxima, capaz de reconocer condiciones comunes sin borrar la diversidad. El fragmento ofrece una posición intermedia: permite mirar desde cerca sin perder el vínculo con el total.

Esta escala evita dos riesgos. Por un lado, impide que el territorio quede reducido a una lectura abstracta o puramente cartográfica. Por otro, evita que la arquitectura se analice como un conjunto de objetos desconectados de la vida que los sostiene. El fragmento permite leer una relación concreta, pero siempre en conexión con una estructura mayor. No es, por tanto, una parte menor ni un resto incompleto. Es una forma de hacer legible el territorio desde aquello que concentra.







1
DEL ESPACIO PERCIBIDO AL LUGAR LEGIBLE.

Un lugar no se vuelve reconocible solo porque pueda verse, describirse o localizarse. Para que un espacio llegue a ser comprendido como lugar, ciertas referencias deben repetirse, aprenderse y adquirir sentido dentro de la experiencia cotidiana. Percibir un espacio no significa todavía comprenderlo. La percepción recoge estímulos: luces, sonidos, distancias, materiales, temperaturas, límites o cambios de escala. Sin embargo, estos empiezan a construir lugar cuando se vinculan con una experiencia repetida.

La familiaridad aparece entonces como una forma de conocimiento no siempre verbalizada. Se manifiesta en la capacidad de orientarse, anticipar un recorrido o situarse sin necesidad de interpretar cada elemento de manera consciente. Esta diferencia entre percibir, identificar y reconocer resulta importante. Percibir implica recibir información del entorno. Identificar supone nombrar o clasificar aquello que se observa. Reconocer, en cambio, implica saber que algo pertenece a una experiencia ya aprendida.

Se puede identificar una vivienda, un muro o un camino sin que exista necesariamente un vínculo con ellos. Reconocerlos implica haberlos incorporado a una memoria espacial, a una práctica o a una forma concreta de vida. Desde la psicología ambiental, esta relación entre persona y entorno ha sido abordada a través del concepto de apego al lugar. Berroeta, Pinto de Carvalho, Di Masso y Ossul Vermehren lo definen como el conjunto de “vínculos socioafectivos que las personas establecen con los lugares que habitan o frecuentan” [12]. Esta idea permite entender que el vínculo con un entorno no depende únicamente de su forma física, sino también de los significados, afectos y prácticas que se construyen a lo largo del tiempo.

El lugar, por tanto, no se produce solo por acumulación de materia construida. También se forma desde aquello que las personas hacen en él, desde los usos que permite y desde los sentidos que va reuniendo. Una referencia material puede adquirir valor no por su singularidad formal, sino porque ha orientado durante años una manera de moverse, entrar, mirar, esperar o permanecer.

En el ámbito rural, esta cuestión adquiere una importancia especial. Allí donde las referencias no siempre responden a una estructura urbana clara, el reconocimiento puede apoyarse en señales más elementales. Una curva del camino, una ladera, una piedra, un poste o una determinada orientación hacia el paisaje pueden convertirse en apoyos silenciosos para la orientación y la vida cotidiana.

El territorio tampoco puede entenderse aquí como una superficie neutra. Fernandes recuerda, a partir de Haesbaert, que “no hay manera de definir al individuo, al grupo, a la comunidad, a la sociedad sin insertarlos en un determinado contexto geográfico, territorial” [13]. Esta afirmación sitúa el reconocimiento dentro de una relación más amplia: las personas no solo ocupan un territorio, sino que también se orientan y se comprenden a través de él.

Desde esta perspectiva, la legibilidad no se reduce a aquello que puede leerse en un plano o describirse desde fuera. Un entorno se vuelve legible cuando sus referencias construyen continuidad.

Cuando el cuerpo reconoce una distancia, una orientación, una textura o una forma de relación con el entorno, el espacio deja de ser una suma de elementos y empieza a comportarse como una estructura vivida. Esa comprensión no siempre es racional ni explícita; muchas veces opera antes de la palabra.

La memoria espacial participa de ese proceso. No se trata únicamente de recordar imágenes, sino de conservar relaciones entre recorridos, vistas o formas de contacto. Por eso, transformar un lugar no afecta solo a su apariencia; puede alterar también los apoyos cotidianos que permiten reconocerlo. Una intervención puede modificar una forma, un recorrido o una relación material y producir una pérdida más profunda que la simple alteración formal.

Berroeta señala que los vínculos con el lugar no se construyen solo desde emociones individuales, sino también desde significados sociales y prácticas materiales [12]. Esta aproximación permite entender el apego como una relación vivida y sostenida en el tiempo, donde intervienen afectos, cuerpos, rutinas, materiales y formas de uso. Así, el reconocimiento no depende únicamente de la memoria personal, sino también de aquello que hace que un lugar siga siendo compartido.

Por eso, en esta investigación interesa atender a las relaciones que permiten que Garafía siga siendo reconocible. No se trata de conservar cada elemento de manera inmóvil, sino de comprender qué condiciones sostienen esa continuidad. La legibilidad no nace solo de la claridad formal, sino de la relación entre percepción, uso y experiencia cotidiana.

La transformación del espacio percibido en lugar reconocible se produce cuando los estímulos dejan de aparecer como información suelta y empiezan a formar parte de una estructura aprendida. Desde aquí, la lectura de Garafía puede entenderse como una búsqueda de esas condiciones. No para fijarlas como una imagen cerrada del territorio, sino para reconocer qué permite que siga siendo habitado sin perder su capacidad de ser comprendido.

1
MATERIA, TIEMPO Y USO

Si el reconocimiento de un lugar se construye a través de referencias aprendidas, la materia es uno de los soportes donde estas permanecen. No solo construye el espacio; también registra su duración. En ella quedan inscritos el paso del tiempo, las condiciones del clima, las formas de uso, las reparaciones, el mantenimiento y, en algunos casos, el abandono.

La arquitectura no se experimenta fuera del tiempo. Su presencia cambia con la luz, con el envejecimiento de los materiales y con las transformaciones que introduce la vida cotidiana. Molarinho Marques y Martínez plantean que la arquitectura permite habitar según la relación que mantiene con el tiempo y que su dimensión temporal puede entenderse como una memoria arqueológica, con manifestaciones materiales e inmateriales [14]. Esta idea permite mirar lo construido no como una forma fija, sino como una realidad atravesada por capas, usos y cambios.

La materia no permanece igual. Se oscurece, se agrieta, pierde brillo, cambia de textura, se deforma o se desprende. Estos procesos no deben entenderse únicamente como deterioro. En muchos casos, el desgaste también permite leer la intensidad de una relación: dónde se apoya una mano, por dónde pasa el agua, qué parte ha estado más expuesta al sol, qué zona ha sido reparada varias veces o qué elemento dejó de recibir cuidado. La superficie construida se convierte así en un registro físico de aquello que ha ocurrido sobre ella.

Esta lectura exige distinguir entre envejecimiento, abandono y adaptación. El envejecimiento forma parte de la vida material de cualquier construcción. El abandono aparece cuando esa transformación deja de estar acompañada por gestos de cuidado. La adaptación, en cambio, introduce modificaciones que permiten seguir usando lo existente, aunque no siempre respondan a una lógica formal limpia o prevista. En el ámbito rural, muchas veces la continuidad no se produce por conservación estricta, sino por ajustes sucesivos: una pieza sustituida, una junta reforzada, una estructura rehecha, una abertura modificada o una reparación que permite prolongar la vida de lo construido.

En este sentido, la reparación tiene un valor especial. No borra necesariamente el paso del tiempo; puede hacerlo visible. Allí donde una materia se recompone, aparece una decisión de permanencia. Reparar implica reconocer que algo todavía merece seguir funcionando, aunque ya no se encuentre en su estado inicial. Por eso, una reparación no debería leerse solo como una pérdida de pureza constructiva, sino también como una forma de continuidad. La materia reparada habla de fragilidad, pero también de atención.

Esta cuestión permite pensar una analogía sensible entre la materia y el cuerpo. Todo tiene un pasado, un presente y una posible transformación futura. En los materiales, el tiempo aparece como desgaste, fisura, cambio de color, pérdida de brillo o deformación. En el cuerpo, puede aparecer como arruga, cansancio, lentitud o fragilidad. No se trata de afirmar que la materia sienta como un ser humano, sino de reconocer que ambos se transforman al estar expuestos al tiempo. Lo material no recuerda como una persona, pero conserva marcas que permiten leer lo vivido de otra manera.

Desde la memoria emocional, Justel, Psyrdellis y Ruetti señalan que las emociones están íntimamente vinculadas con la memoria y que determinados acontecimientos se fijan con más fuerza cuando poseen una carga significativa [15]. Aunque su estudio se sitúa en el campo psicológico, esta idea permite establecer una conexión con el modo en que ciertos lugares, objetos o fragmentos materiales quedan asociados a experiencias concretas. Algunas superficies no importan solo por su condición constructiva, sino porque han acompañado situaciones repetidas, gestos cotidianos o vínculos afectivos.

El tiempo desgasta la materia por fuera y transforma la memoria por dentro. Algunas superficies pierden definición, se borran por partes o permanecen apenas como una señal. Algo parecido ocurre con ciertos recuerdos: no siempre se conservan completos, pero pueden permanecer ligados a una textura, a una sombra o a una forma de contacto. En ese cruce entre materia y experiencia aparece una parte importante de la arquitectura entendida desde lo sensible.

Sin embargo, la materia no debe entenderse como un depósito automático de memoria. Sarah Gensburger advierte que la relación entre memoria y lugar no puede explicarse solo desde el espacio físico, sino también desde el espacio social, entendido como un sistema de relaciones que da sentido a lo recordado [16]. Esta precisión es importante para no convertir cada huella material en una memoria por sí misma. Una marca, una grieta o una reparación solo adquieren sentido cuando se vinculan con usos, relatos, prácticas o formas de reconocimiento.

Por eso, en este trabajo no interesa el desgaste como imagen estética ni como signo romántico de antigüedad. Interesa como información. Una madera erosionada, una piedra desplazada, una teja sustituida o un enfoscado reparado pueden indicar formas de exposición, mantenimiento o transformación. Cada una de esas marcas ayuda a comprender cómo lo construido ha sido usado, cuidado, modificado o dejado atrás.

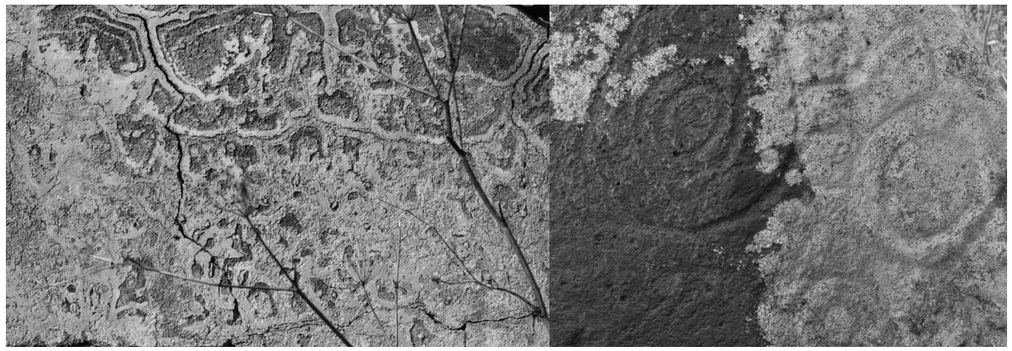
Anne Huffschmid plantea que existen materialidades capaces de comunicar algo que los discursos verbales, visuales o espaciales por sí solos no siempre consiguen transmitir, precisamente porque conducen hacia un terreno afectivo y sensorial [17]. Aunque su reflexión se dirige a cuerpos y espacios de memoria, resulta sugerente para esta lectura: algunas materias no explican de forma directa, pero hacen presente una intensidad. Permiten captar algo que todavía no ha sido nombrado del todo.

En Garafía, esta dimensión resulta especialmente relevante. La exposición, la humedad, el viento, la pendiente y el uso cotidiano actúan sobre la arquitectura de manera constante. Las construcciones no solo muestran una forma de hacer, sino también una forma de resistir, adaptarse o ceder. La materia permite leer cómo la vida se ha ido ajustando a unas condiciones concretas: qué se refuerza, qué se sustituye, qué se deja envejecer y qué se abandona.

El valor de estas marcas no está en conservarlas de manera literal, sino en entender qué relaciones revelan. Una fisura puede hablar de esfuerzo estructural, de movimiento del terreno o de falta de mantenimiento. Una reparación puede mostrar una continuidad de uso. Una superficie ennegrecida puede señalar exposición, humedad o tiempo acumulado. Una pieza añadida puede indicar adaptación. La materia, en este sentido, no solo pertenece al pasado; también permite valorar el presente de una construcción y su capacidad de seguir siendo habitada.

Materia, tiempo y uso forman una misma lectura. La materia registra el tiempo; el uso la transforma; el cuidado o el abandono modifican su permanencia. Atender a estos procesos permite comprender la arquitectura no como una imagen detenida, sino como una realidad frágil, hecha de ajustes, desgaste y reparaciones. En esa condición se inscribe una parte esencial de la arquitectura rural: no solo su forma construida, sino su capacidad para seguir acogiendo vida a pesar del paso del tiempo.





SUPERFICIE DE PARED EROSIONADA EN UNA VIVIENDA DE CUEVA DEL AGUA - PETROGLIFOS GUANCHES UBICADOS EN EL MUNICIPIO

1
MUNDO RURAL Y CONTRADICCIÓN

Llegados a este punto, la mirada ya no se dirige únicamente hacia lo que el lugar muestra, sino hacia aquello que lo sostiene. Las formas, los fragmentos, la materia y las marcas del tiempo empiezan a reunirse en una lectura común: no como elementos aislados, sino como señales de una manera concreta de vivir. En el medio rural, esta lectura permite acercarse a una realidad hecha de equilibrios delicados, donde la vida cotidiana no permanece intacta, pero tampoco desaparece del todo; se adapta, se debilita, se repara y continúa.

El medio rural, como ya se ha mencionado, no puede entenderse como una imagen detenida ni como una realidad pura que deba conservarse sin cambio. Tampoco como un territorio definido únicamente por la pérdida. Su complejidad aparece precisamente en esa contradicción: entre la permanencia de ciertas formas de vida y la fragilidad de las estructuras que las sostienen; entre el arraigo cotidiano y el aislamiento; entre la continuidad material y el envejecimiento; entre la necesidad de transformar y el riesgo de borrar lo que todavía permite reconocer un lugar.

Esta mirada evita dos extremos: la idealización de lo rural como refugio intacto y su lectura exclusiva como problema. Detrás de los territorios con menos población no hay solo pérdida, sino también formas de vida que persisten, vínculos cotidianos y prácticas de cuidado que conviven con tensiones reales.

Desde esta contradicción debe entenderse la permanencia rural. Permanecer no significa quedarse inmóvil. Un lugar puede cambiar y seguir siendo reconocible si conserva las relaciones que sostienen su forma de vida. La fragilidad tampoco aparece solo en el deterioro físico. También está en la pérdida de usos, en la dificultad de mantener una casa, en la desaparición de ciertas prácticas o en la ruptura de vínculos personales. A veces, una transformación aparentemente menor puede alterar referencias esenciales; en cambio, una reparación sencilla puede prolongar la continuidad de un lugar. Por eso, la cuestión no está en enfrentar conservación y cambio, sino en comprender qué puede modificarse.

El mundo rural aparece como un territorio atravesado por tensiones. Es frágil, pero no vacío. Está envejecido, pero no detenido. Puede mostrar deterioro, pero también cuidado. Necesita transformaciones, pero no cualquier transformación.





EL MEDIO RURAL OCUPA EL 83,9 % DEL TERRITORIO ESPAÑOL, PERO SOLO CONCENTRA EL 15,7 % DE LA POBLACIÓN



“LA POBLACIÓN RURAL ESPAÑOLA DESCENDIÓ UN 4,1 % ENTRE 2015 Y 2024, CONFIRMANDO UNA PÉRDIDA DEMOGRÁFICA SOSTENIDA”

“LA DENSIDAD RURAL ES DE 17,8 HAB/KM² FRENTE A LOS 96,3 HAB/KM² DE LA MEDIA ESPAÑOLA”

“8 DE CADA 10 MUNICIPIOS PERTENECEN AL MEDIO RURAL”



VIVIENDA UBICADA EN EL BARRIO DE FRANCESES - RUINA UBICADA EN EL BARRIO DE CUEVA DEL AGUA

1
CONTEXTO Y PROBLEMA

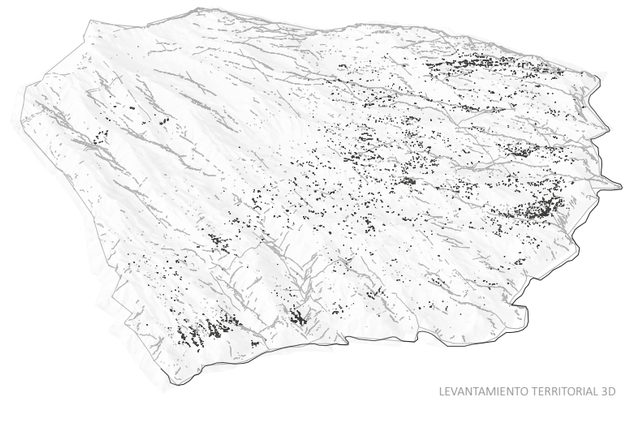
La lectura desarrollada hasta ahora encuentra en Garafía un territorio donde las relaciones entre materia, tiempo, uso y reconocimiento aparecen con especial claridad. No se trata únicamente de situar un caso de estudio, sino de comprender un lugar cuya forma de vida está condicionada por la dispersión, la distancia, la memoria histórica y la permanencia de vínculos cotidianos que todavía organizan la experiencia rural.



En Garafía, la forma de habitar no puede separarse de su estructura física. La complejidad topográfica, los barrancos, la distancia entre barrios y la dispersión de las viviendas configuran una ocupación fragmentada, donde cada asentamiento mantiene una relación directa con el relieve, los caminos, el suelo cultivable y el paisaje próximo. El municipio no se lee como una unidad continua, sino como una red de lugares habitados atravesados por proximidades, dependencias y aislamientos.

El municipio se organiza en distintos barrios, distribuidos de forma discontinua a lo largo del territorio. Esta disposición no responde a una lógica urbana compacta, sino a una adaptación histórica al relieve, a los caminos y a la existencia de pequeñas superficies cultivables. La vivienda aparece, por tanto, vinculada al terreno y al paisaje, más que a una continuidad edificada; una relación que aún puede reconocerse en algunas construcciones recientes como criterio de implantación.

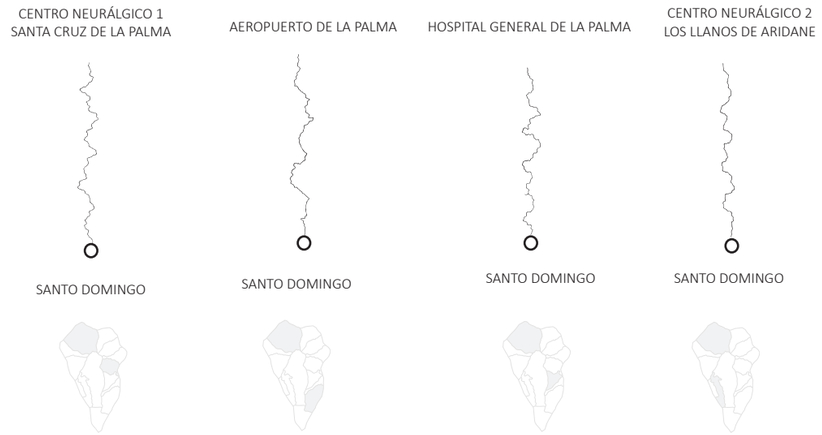



LEVANTAMIENTO TERRITORIAL 3D

El origen histórico de esta ocupación puede vincularse al antiguo cantón de Tagalguen, que coincidía territorialmente con el actual municipio de Garafía. Su propio nombre, de origen aborigen, se ha relacionado con la idea de “lugar poblado” o “lugar de vivienda”, situando el habitar como una condición inscrita en la historia del lugar. Tras la conquista castellana, el reparto de tierras y aguas mediante datas consolidó una organización ligada al relieve y a los recursos, a la que se sumó una población diversa: esclavos de Berbería destinados al trabajo agrícola, castellanos, andaluces y una presencia importante de origen portugués, visible en documentos parroquiales, topónimos, rasgos lingüísticos locales y elementos arquitectónicos.

El aislamiento histórico reforzó esta singularidad. Garafía llegó a ser considerada como “otra isla” por su dificultad de acceso y por su distancia respecto a los principales núcleos económicos y administrativos de La Palma. La carretera general no llegó a Santo Domingo hasta la década de los sesenta del siglo XX, y hasta fechas recientes el acceso a internet y a las comunicaciones también fue limitado. Este aislamiento no debe entenderse solo como carencia, sino como una condición que ha influido en la forma de recorrer, mantener y habitar el territorio.

A esta condición se suma la experiencia concreta de la distancia, no solo como dato territorial, sino como realidad cotidiana. En Garafía, los desplazamientos hacia determinados servicios, equipamientos o puntos estratégicos de la isla implican tiempos de recorrido que condicionan el acceso, la frecuencia de uso y la relación con el entorno insular. La lejanía no se mide únicamente en kilómetros, sino también en tiempo, esfuerzo y dependencia de una red viaria que atraviesa una topografía compleja.



Actualmente, Santo Domingo funciona como capital administrativa, la economía local se apoya en la agricultura, la ganadería y formas de turismo sostenible, y el Observatorio Astrofísico del Roque de los Muchachos introduce una dimensión científica e internacional en un territorio históricamente rural.

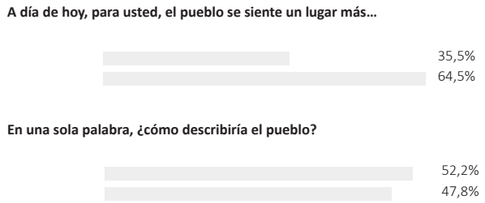
En términos demográficos, Garafía refleja muchas tensiones propias de los territorios rurales actuales. Tras alcanzar su máximo poblacional a mediados del siglo XX, con aproximadamente 4.900 habitantes, inició un descenso progresivo asociado a procesos migratorios y a la transformación de las actividades tradicionales. Según los datos del INE, en 2024 contaba con 1.983 habitantes y en 2025 con 2.015, dentro de una isla que alcanzaba los 86.297 habitantes. Garafía representa así en torno al 2,3 % de la población insular, aunque ocupa una superficie territorial muy significativa.

A esta realidad se suma una población diversa: 590 habitantes han nacido en otros países, un 32,24 % del total, lo que sitúa a Garafía como el cuarto municipio de España con mayor proporción de población extranjera. Por tanto, no se trata solo de un territorio envejecido o en pérdida, sino también de un lugar donde se cruzan permanencia, llegada, arraigo y nuevas formas de ocupación.



La fragilidad socioeconómica aparece en la renta y en la vivienda, figurando como el municipio con menor renta por habitante de Canarias, con una media de 10.321 euros, dato que debe leerse junto a la dispersión territorial, la distancia a servicios y la dificultad de mantener un tejido habitado amplio. Según el censo de viviendas de 2021, La Palma cuenta con más de 12.000 viviendas vacías, de las cuales 794 se localizan en Garafía. Esta cifra evidencia una tensión entre presencia construida y vida cotidiana, especialmente en municipios rurales donde no siempre existe una correspondencia clara entre lo construido, lo habitado, lo abandonado y lo administrativamente reconocido. La vivienda vacía puede indicar pérdida de uso, dificultad de mantenimiento, ruptura generacional o transformación de los modos de ocupación.

La encuesta sobre uso y percepción del espacio rural, realizada al inicio de la investigación, permite aproximarse a esta dimensión desde la experiencia cotidiana. Con 43 respuestas, no debe leerse como una muestra estadística representativa, sino como una aproximación inicial a las percepciones locales. En ella, cuando se pide describir el pueblo en una sola palabra, las respuestas más repetidas son “abandono”, con un 52,2 %, y “refugio”, con un 47,8 %. Del mismo modo, ante la pregunta sobre cómo se siente el pueblo a día de hoy, el 64,5 % lo percibe como un lugar más vacío, frente al 35,5 % que lo considera más tranquilo.



Estos resultados permiten reconocer una contradicción central del caso de estudio: Garafía aparece al mismo tiempo como territorio vulnerable y como espacio de protección. La percepción de abandono no anula la idea de refugio, del mismo modo que la sensación de vacío convive con una lectura de tranquilidad. Esta tensión no se entiende únicamente desde los datos demográficos o económicos, sino desde una experiencia cotidiana donde la pérdida de uso, la distancia, la memoria y el arraigo siguen actuando de manera simultánea.

Esta lectura perceptiva se cruza con una cuestión especialmente delicada: la salud mental y el malestar social. Los datos sobre suicidios deben tratarse con prudencia, ya que no permiten establecer una relación causal directa entre territorio, aislamiento y suicidio. Sin embargo, permiten situar el habitar rural dentro de un marco más amplio de vulnerabilidad humana, donde la dispersión, la edad, la distancia, la pérdida de redes cotidianas y la dificultad de acceso a determinados recursos adquieren relevancia.

Según la extracción de datos oficiales del INE y un posterior análisis estadístico, entre 2007 y 2024 el municipio registra una media del 4,58 % de los suicidios de La Palma, mientras que su peso poblacional en la isla se sitúa en torno al 2 %. En términos relativos, esto supone una sobrerrepresentación respecto a su proporción demográfica, aunque el tamaño reducido de la población exige cautela. A esta información se suma la relación histórica de fallecimientos facilitada por el Juzgado de Paz, que recoge 47 casos entre 1962 y 2024. Este dato no se incorpora para construir una lectura estadística cerrada ni para reducir el territorio a una condición de dolor, sino para dejar constancia de una dimensión de vulnerabilidad humana y de posible desamparo en el entorno rural que también forma parte del contexto del caso de estudio.

De este modo, el problema de investigación no puede formularse únicamente desde la pérdida demográfica, la vivienda vacía, el envejecimiento o el aislamiento. Tampoco basta con estudiar el patrimonio rural como un conjunto de objetos construidos. Garafía exige una lectura capaz de cruzar datos territoriales, historia, percepción cotidiana y materialidad. La escala municipal permite comprender la extensión del problema, pero no alcanza por sí sola a explicar cómo se habita.

El problema no es solo que Garafía cambie, envejezca o pierda población, sino que muchas de las relaciones que todavía sostienen su forma de vida permanecen dispersas, poco visibles o difíciles de leer. Por ello, esta investigación plantea la necesidad de una lectura fragmentaria, material y sensible del territorio habitado: una lectura que no sustituya los datos, pero que permita aproximarse a lo que estos no muestran del todo: la estructura que todavía sostiene el territorio, incluso en medio de su fragilidad.

EJERCICIO PRÁCTICO - FOTOENSAYO
VOL. III

ARCHIVO VISUAL - CÁPSULA FOTOGRÁFICA





Como cierre de capítulo, se introduce el siguiente contenido visual como representación del espesor del lugar.
Aproximación simplificada a algunas escenas, presencias y superficies del caso de estudio.

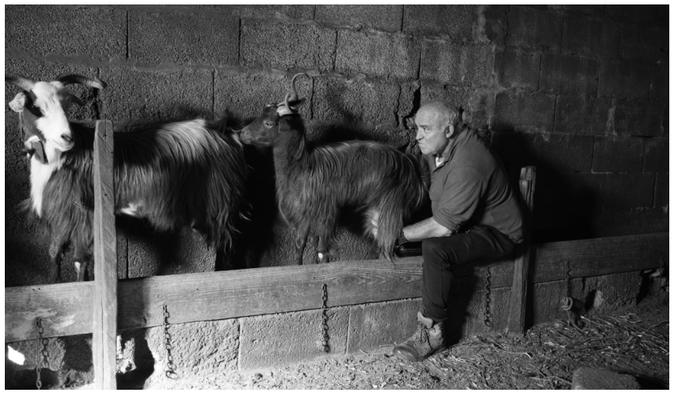
ENTRADA A UNA VIVIENDA UBICADA EN EL MUNICIPIO - RESTOS DE UNA RUINA UBICADA EN EL MUNICIPIO





















I

II

III

CAPÍTULO 2
DEL RECORRIDO A LA CARTA

La metodología se plantea desde un enfoque cualitativo, interpretativo y gráfico. No se basa en medir exhaustivamente el territorio ni en catalogar todos sus elementos, sino en construir un procedimiento que permita pasar del contacto directo con Garafía a una lectura ordenada.

El trabajo parte de una premisa sencilla: incluso los elementos más comunes de la arquitectura cotidiana pueden contener información relevante si se observan con atención. Por ello, la investigación no busca piezas excepcionales ni formas singulares, sino fragmentos básicos, reconocibles y aparentemente ordinarios, capaces de revelar vínculos entre construcción, uso, materia y territorio.

El método se organiza mediante una secuencia de operaciones: acercamiento al lugar, registro fotográfico, selección de fragmentos, análisis gráfico y elaboración de cartas de lectura. Estas operaciones permiten transformar una primera aproximación dispersa en una forma de representación más precisa.

El primer momento consiste en aproximarse a Garafía desde el contexto ya desarrollado en los apartados anteriores y desde el contacto directo con el territorio. No se vuelve a describir el municipio de forma general, sino que se parte de esa base para orientar el trabajo hacia situaciones concretas.

Los recorridos realizados permiten reconocer ámbitos, espacios cotidianos, viviendas, materiales, transformaciones y formas de uso. La observación no se dirige únicamente a lo patrimonial o excepcional, sino a aquello que forma parte de la vida diaria del lugar y que, precisamente por su normalidad, puede pasar desapercibido.

2
DEL ARCHIVO FOTOGRÁFICO A LA SELECCIÓN DEL FRAGMENTO

La fotografía funciona como el principal instrumento de registro. Permite conservar situaciones observadas durante los recorridos y volver sobre ellas posteriormente. El archivo visual no se plantea como una colección estética ni como un inventario cerrado, sino como una herramienta para revisar, comparar y seleccionar.

Las imágenes reúnen distintas aproximaciones al lugar: paisajes, viviendas, materiales, espacios cotidianos, objetos, lugares deteriorados y personas vinculadas al territorio. Esta diversidad permite que la arquitectura no aparezca separada de la vida diaria ni reducida únicamente a sus formas construidas.

Al revisar el archivo, algunas imágenes adquieren mayor importancia por lo que muestran, por su repetición o por la tensión que condensan. La fotografía, en este sentido, no es el final del proceso, sino el material desde el que se empieza a ordenar la investigación.

A partir del archivo fotográfico se seleccionan los fragmentos que pasan a formar parte del análisis. La elección no depende solo de la calidad de la imagen, sino de su capacidad para aportar información y de su posibilidad de ser traducida gráficamente.

La selección se apoya en cuatro criterios principales. El primero es la capacidad relacional, es decir, que el fragmento permita comprender un vínculo entre arquitectura y lugar. El segundo es la recurrencia, cuando una misma lógica aparece en distintas situaciones. El tercero es la singularidad significativa, cuando un caso concreto concentra una condición relevante. El cuarto es la claridad gráfica, entendida como la posibilidad de sintetizar lo observado mediante dibujo.

Estos criterios permiten reducir el archivo sin vaciarlo. No se trata de conservar todo lo registrado, sino de identificar aquello que puede sostener una lectura arquitectónica.



2
DEL FRAGMENTO AL TERRITORIO

El dibujo se utiliza como herramienta de análisis. No reproduce literalmente la fotografía, sino que extrae de ella una estructura. Dibujar implica decidir qué información se mantiene, qué se simplifica y qué se quiere hacer visible.

Esta traducción permite pasar de una imagen concreta a un material comparable. La fotografía conserva la complejidad de lo observado; el dibujo la ordena para que pueda ser leída con mayor claridad. En ese proceso, el fragmento deja de ser solo una imagen aislada y se convierte en una pieza de análisis.

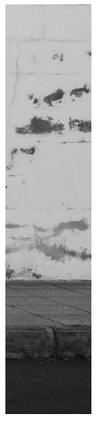
La representación gráfica no pretende cerrar el sentido del lugar, sino hacer visible una condición que pueda trasladarse a una escala más amplia.

Una vez traducidos los fragmentos al dibujo, la investigación desplaza esa lectura hacia el territorio. Lo que antes aparecía como una situación localizada empieza a funcionar como una forma de observar el asentamiento. El dibujo deja de referirse únicamente a una pieza concreta y permite ensayar cómo ciertas lógicas pueden reconocerse también en una escala mayor.

A partir de ahí se elaboran las cartas de lectura. No se plantean como documentos cerrados ni como una propuesta de intervención directa, sino como una herramienta inicial. Su valor está en comprobar si las condiciones extraídas desde los fragmentos pueden ayudar a leer un ámbito rural de forma más clara.

En este trabajo, las cartas se aplican sobre un ámbito acotado de Garafía. Esta elección permite probar el procedimiento sin convertirlo en una lectura total del municipio. La intención es que el método pueda ampliarse o ajustarse en futuras investigaciones, incorporando nuevos fragmentos, nuevos ámbitos o nuevas formas de interpretación.





2
APROXIMACIÓN TERRITORIAL Y LECTURA PREVIA

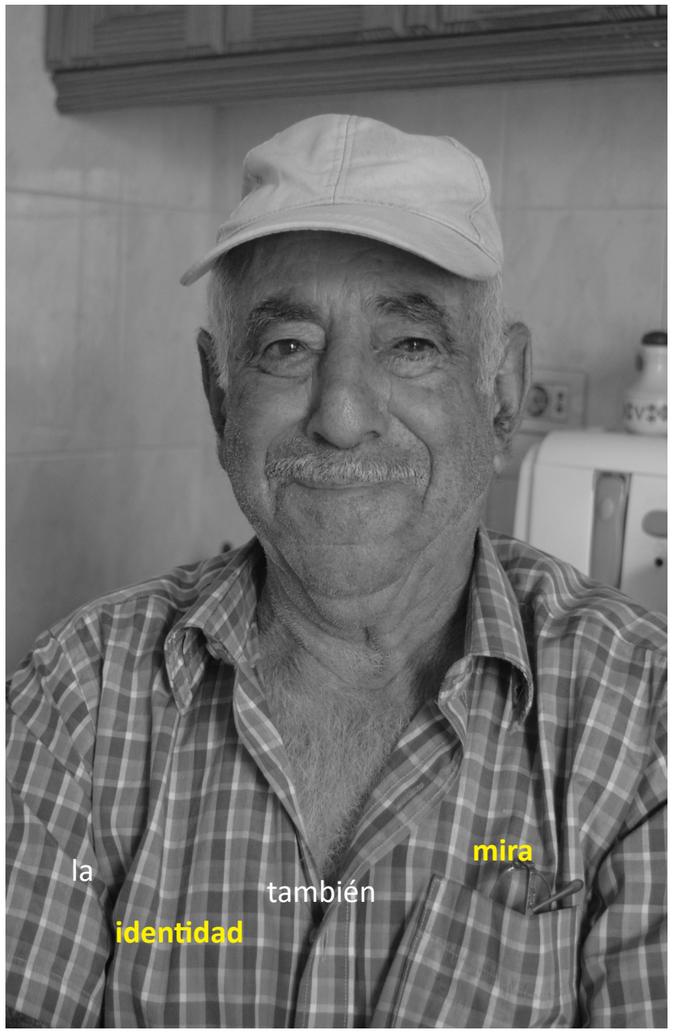
La metodología reconoce sus propios límites. El trabajo no aborda la totalidad del municipio ni pretende representar toda la complejidad de Garafía. Parte de una selección intencionada de recorridos, imágenes y fragmentos, por lo que sus resultados deben entenderse como una lectura situada.

El archivo fotográfico también es parcial, ya que depende de los recorridos realizados, del momento de registro y de las decisiones de encuadre. Por ello, las imágenes no se presentan como pruebas absolutas, sino como material de análisis dentro de un proceso gráfico e interpretativo.

Las cartas de lectura deben entenderse del mismo modo: no son una propuesta cerrada de intervención, sino una herramienta inicial para reconocer condiciones previas y abrir posibles líneas de trabajo.

La investigación incorpora además una atención ética vinculada al uso de la fotografía. Se ha tratado toda la documentación fotográfica con respeto y cuidado, atendiendo a la intimidad de quienes aparecen en las imágenes y a la privacidad de los espacios registrados. Todos los retratos incluidos cuentan con consentimiento informado firmado por escrito. En los casos en los que se ha decidido mantener el anonimato, se ha preservado la identidad y se ha evitado aportar información innecesaria. Asimismo, se ha procurado no exponer de forma invasiva viviendas, lugares deteriorados o situaciones que pudieran comprometer la intimidad de sus habitantes.

Desde este alcance, la metodología queda planteada como una forma de trabajo abierta. Lo replicable no es el resultado exacto, sino la secuencia: recorrer, fotografiar, seleccionar, dibujar y ensayar una carta de lectura.



Armengol Rodríguez Herrnández

I
II
III

CAPÍTULO 3
INDICIOS DE UNA FORMA DE HABITAR

3
ARQUITECTURA TRADICIONAL CANARIA, LA PALMA.

La arquitectura tradicional de La Palma comparte con el conjunto canario una serie de criterios constructivos comunes, pero adquiere una identidad propia por la permanencia y adaptación de esos sistemas en gran parte del territorio. A lo largo de la geografía insular se repiten muros encalados, carpinterías de madera, balcones y cubiertas de teja a dos, tres o cuatro aguas. Estos elementos permiten reconocer una tradición coherente, aunque no uniforme, que aparece con distintos grados de conservación, transformación y elaboración.

Santa Cruz de La Palma funciona como punto de referencia inicial, no como ámbito de estudio, sino como núcleo donde se concentra una mayor información arquitectónica, patrimonial e histórica desde la que aproximarse al resto del territorio. Como ocurre en otras capitales insulares, la ciudad recoge con más intensidad las influencias exteriores, la presencia institucional, la arquitectura religiosa y la dimensión representativa de la vivienda. Su relación con el comercio atlántico favoreció una expresión más señorial y portuaria, donde la fachada adquiere un papel público y expresa una posición social, económica y cultural.

A esta condición se suma la influencia indiana, fundamental para entender parte de la expresión arquitectónica palmera. El vínculo con América, especialmente con Cuba, no solo tuvo una dimensión social o económica, sino también material. El retorno de emigrantes y la circulación de referencias exteriores introdujeron formas asociadas a la prosperidad, la memoria familiar y la voluntad de distinguir determinadas viviendas. En La Palma, esta huella se incorporó a una tradición constructiva previa, ampliando sus formas de expresión, pero sin desvincularse de ella.

A medida que la lectura se aleja de la capital, esos rasgos se mantienen, pero aparecen con menor intensidad formal. Los municipios más alejados de los principales focos de actividad muestran soluciones más contenidas, vinculadas a economías familiares modestas, a menor acceso a influencias exteriores y a una construcción directamente ligada a los recursos disponibles. No se produce una ruptura con la arquitectura palmera, sino una transición hacia formas más próximas al uso, al mantenimiento y a la vida cotidiana.

La materialidad concreta esa transición. La piedra, el barro, la madera, la cal, la teja y el vidrio aparecen con distinta presencia según el tipo de construcción y su contexto. El muro grueso sostiene, cierra y regula; la cal protege; la madera resuelve tanto elementos estructurales como piezas de relación entre interior y exterior. Estos recursos responden a condiciones climáticas, disponibilidad material y modos de vida insulares.

Desde esta perspectiva, las reparaciones, sustituciones, ampliaciones, pérdidas materiales o incorporaciones recientes forman parte de una arquitectura que ha seguido cambiando con el tiempo. No siempre se conserva como pieza intacta, sino como acumulación de capas.

Por ello, la arquitectura tradicional palmera funciona aquí como marco necesario para situar el foco del trabajo: Garafía participa de esa tradición insular, aunque la manifiesta desde una arquitectura más próxima al uso cotidiano, al mantenimiento interrumpido y a la relación directa con el territorio.



Ilustración digital propia

3
TRES ELEMENTOS CONSTRUCTIVOS COMO ENTRADA AL HABITAR RURAL

Una vez situado el marco arquitectónico y patrimonial de La Palma, la investigación se inicia desde el concepto que da título al trabajo: el indicio. Como rastro o señal, permite acercarse a aquello que se percibe de forma parcial, pero que apunta hacia una realidad más amplia. No ofrece una explicación cerrada; abre una posibilidad de lectura desde la que deducir procesos, reconocer continuidades y atender a lo que no aparece de manera inmediata.

En Garafía, muchas condiciones de la arquitectura rural no se presentan como ejemplos intactos ni como formas completas. Aparecen a través de huellas materiales y transformaciones acumuladas, donde lo visible funciona como punto de partida para interpretar una técnica, una pérdida o una forma de cuidado. El indicio permite leer esas señales sin convertirlas en una prueba definitiva, entendiendo que su valor está precisamente en aquello que sugieren.

Este planteamiento vincula la arquitectura con las personas. Lo construido no aparece únicamente como materia, sino como parte de una memoria compartida. Ciertas soluciones quedan asociadas a relatos, oficios, gestos y conocimientos cotidianos. No se trata solo de mirar lo que permanece, sino de comprender qué puede deducirse a partir de aquello que todavía se reconoce, se recuerda o se transmite.

Por eso, lo sencillo adquiere aquí una importancia central. Aquello que en apariencia no destaca puede contener una información decisiva. En una arquitectura marcada por recursos limitados, transformaciones sucesivas y mantenimiento cotidiano, lo básico no equivale a lo pobre ni a lo secundario. Puede funcionar como una entrada precisa a una forma más amplia de habitar.

A partir de este criterio, la investigación se detiene en tres elementos constructivos: la ventana, la esquina y la cubierta. Cada uno funciona como un indicio distinto, capaz de abrir una lectura concreta entre la vivienda, la materia, el uso y el territorio.

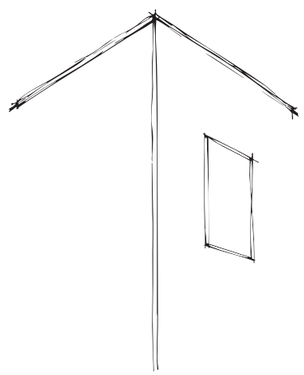


Ilustración digital propia

3
LA VENTANA

La ventana constituye uno de los elementos de cerramiento más significativos de la vivienda tradicional. No se entiende únicamente como una abertura en el muro, sino como una pieza formada por un marco, hojas, sistema de cierre, antepecho y relación con el espesor del vano. Su función principal es resolver el contacto entre el interior y el exterior sin deshacer la condición cerrada de la vivienda.

En la arquitectura tradicional canaria, este elemento adquiere una importancia especial por el papel de la carpintería de madera. El catálogo La ventana tradicional, signo de identidad de la arquitectura canaria recoge distintas tipologías —entablonada, de cuarterones, de celosía y de guillotina—, lo que permite entenderla como una pieza con variantes propias. Esta última, asociada históricamente a contextos europeos de clima lluvioso, se caracteriza por el desplazamiento vertical de una de sus hojas y adquiere una presencia destacada en el archipiélago en general y, de manera particular, en La Palma.

Su uso fue frecuente en fachadas altas, galerías y patios, aunque en esta isla, especialmente fuera de la capital, aparece también vinculada a viviendas de una sola planta.Esta presencia responde al predominio de esa tipología residencial y a una adaptación más doméstica de la solución, donde la ventana puede apoyarse sobre un antepecho de mampostería que llegue a suelo.

En los ejemplos registrados, las piezas observadas responden por lo general a huecos verticales y contenidos, resueltos mediante carpinterías de madera con divisiones regulares. El marco, también entendido como cerco, rodea el vano y dispone la hoja dentro del cerramiento. Puede ocupar todo el espesor del hueco o aparecer como una pieza más ligera colocada sobre la tea y el muro, según la solución constructiva y su estado de conservación.

El vano no se resuelve siempre de la misma manera. En algunos ejemplos, los largueros laterales del cerco continúan hasta la base inferior de la pieza, incorporando el paño opaco del antepecho dentro del mismo marco. En otros, la carpintería se apoya sobre un alféizar o sobre un antepecho más independiente. Esta diferencia muestra distintas formas de resolver el cierre inferior del hueco y la relación entre madera y muro de piedra. En determinados casos, el espesor del muro genera apoyos interiores o zonas de asiento junto al hueco. Estas ventanas de asiento, más elaboradas en algunos casos, permitían una relación más pausada con el exterior mediante pequeños postigos, sin necesidad de abrir completamente la carpintería.

Las jambas también participan en la definición de la pieza. Pueden aparecer en ángulo recto, ligeramente curvas, biseladas o cúbicas, según el modo en que el muro recibe la carpintería. Esta variación muestra cómo el hueco se adapta al espesor del cerramiento y cómo la ventana queda encajada dentro de un muro más pesado.

En La Palma resulta especialmente reconocible la presencia de una parte inferior opaca bajo la zona acristalada. Este paño macizo mantiene la continuidad material de la fachada y puede incorporar motivos geométricos, relieves o decoraciones sencillas.

En los ejemplos analizados, esta solución de mampostería refuerza la lectura de la ventana como elemento de cerramiento, no como simple apertura transparente.

La proporción contenida de estas piezas responde a una lógica constructiva y climática. Los huecos mantienen una escala medida, compatible con la estabilidad del muro y con la protección del interior. La retícula de madera y vidrio permite una construcción ligera, reparable y adaptada a medios materiales limitados. Su interés no está en la excepcionalidad formal, sino en la repetición de una solución reconocible y precisa.

En las imágenes registradas, el estado de conservación resulta especialmente significativo. Muchos ejemplos muestran pérdida de pintura, madera erosionada, vidrios sustituidos o ausentes, marcos deformados, partes opacas deterioradas y encuentros debilitados con el revestimiento. La pieza se mantiene reconocible, aunque su eficacia se encuentre alterada.

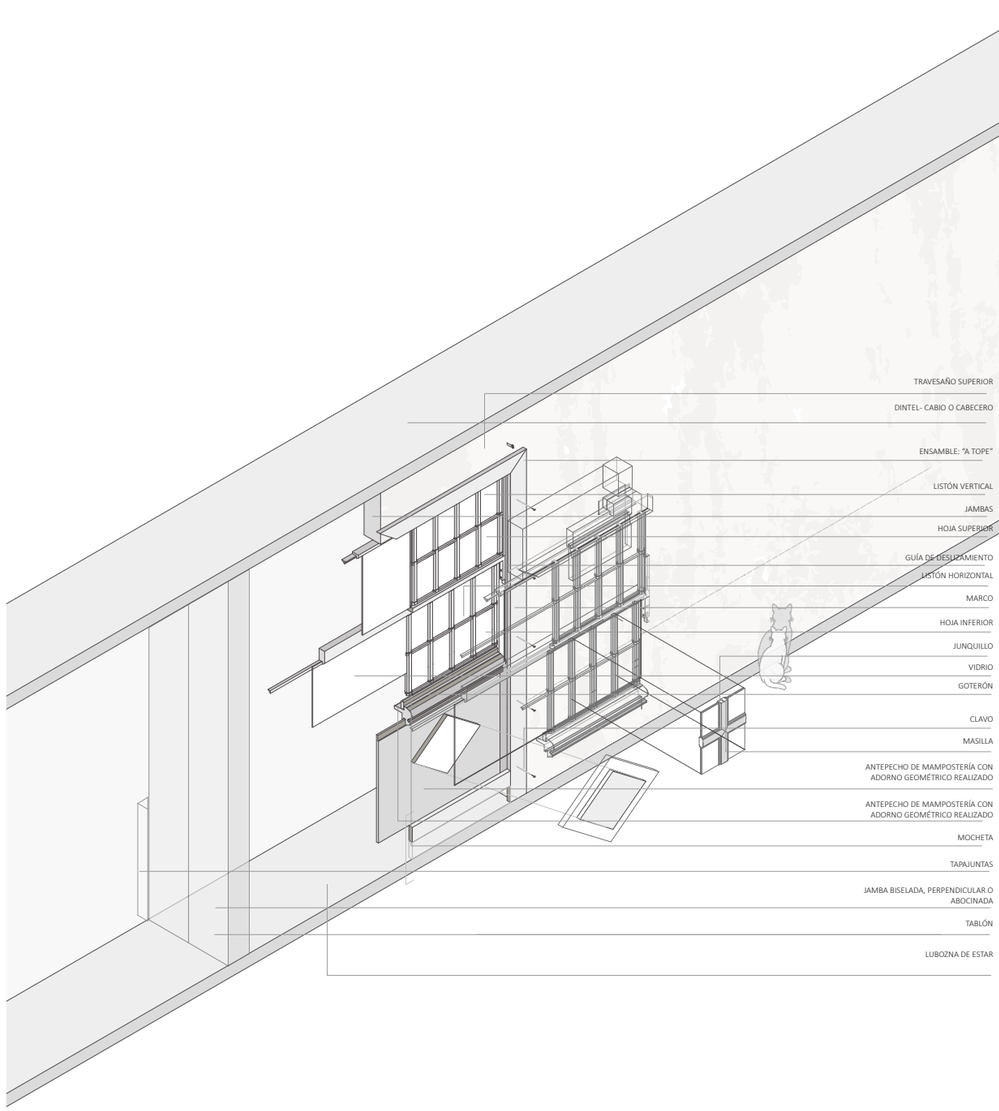
Este deterioro no debe entenderse únicamente como pérdida material. Lo desprendido, desgastado o reparado permite leer procesos de uso, abandono, exposición climática y mantenimiento interrumpido. Al formar parte del límite de la casa, cualquier alteración en la ventana afecta a su capacidad de cierre y a la posibilidad de seguir utilizando el espacio interior.

Los ejemplos observados muestran además una relación directa con el contexto inmediato. No se orientan necesariamente hacia una calle consolidada, sino hacia caminos, zonas de cultivo o pequeños vacíos próximos a la vivienda. Esta condición diferencia su lectura de otros ejemplos más urbanos o señoriales de la isla. En Garafía, la ventana mantiene una escala cotidiana, ligada a una arquitectura más próxima al uso, al mantenimiento y al territorio.

Por ello, la ventana se entiende aquí como un elemento sencillo, pero cargado de información. Su marco, su antepecho, sus jambas, su deterioro y su relación con el espesor del muro permiten reconocer una manera concreta de resolver el cerramiento de la casa. No se estudia como pieza ornamental ni como ejemplo aislado de carpintería tradicional, sino como fragmento donde se cruzan técnica, uso, mantenimiento y tiempo.



AXONOMETRÍA EXPLOTADA VENTANA



3
LA ESQUINA

La esquina permite leer la vivienda desde una condición especialmente material y cotidiana. No se trata únicamente del punto donde cambian de dirección dos fachadas, sino de un lugar donde el muro muestra su espesor, su piedra y su forma de resolver el encuentro. Frente a una lectura frontal de la casa, la esquina obliga a entender la construcción como cuerpo: una masa que gira, se traba y permanece expuesta al paso del tiempo.

En la arquitectura tradicional canaria y por lo tano, palmera, el muro constituye uno de los elementos fundamentales de la vivienda. No solo cierra un espacio interior: sostiene la cubierta, protege frente al clima, regula la temperatura y define el límite real entre la casa y el exterior.En las construcciones rurales, esta condición aparece con claridad, ya que el muro no funciona solo como cierre, sino como un espesor construido con piedra, barro, cal y revestimientos sucesivos.

En Garafía, las esquinas registradas muestran esa condición de manera especialmente visible. La piedra aparece como material predominante, aunque no siempre de forma continua ni regular. En muchos casos se perciben capas distintas: piedra vista, zonas encaladas, enfoscados perdidos, reparaciones puntuales, piezas de ladrillo incorporadas y encuentros donde la materia queda parcialmente expuesta. Esta acumulación permite entender el muro como una construcción formada por tiempos e intervenciones sucesivas.

La resolución tradicional del muro responde a una lógica vinculada a los recursos disponibles. Las caras exteriores se resolvían con piedras de mayor presencia, mejor asiento o mayor capacidad de formar plano, mientras que el interior del espesor se completaba con material más irregular y mezclas capaces de dar masa al conjunto. Esta forma de construir permitía levantar muros gruesos y resistentes, adaptados a una economía de medios donde el valor estaba en trabar, rellenar y sostener.

La esquina concentra esa lógica con especial intensidad. En ella, la disposición de la piedra debía resolver el cambio de dirección, garantizar la continuidad del muro y asegurar su apoyo sobre el terreno. Por eso, muchas incorporan piezas de mayor tamaño, sillares o piedras esquineras mejor seleccionadas, capaces de ordenar el encuentro y reforzar el giro. Estos elementos no actúan solo como remate visual; permiten atar los planos, estabilizar la masa y hacer reconocible la estructura del muro.

Aunque estas construcciones no respondieran a un cálculo técnico reglado, existía un conocimiento práctico preciso sobre el comportamiento de los materiales. La piedra debía asentarse, admitir pequeños movimientos y comprobar su estabilidad antes de recibir la cubierta. Si el conjunto no ofrecía garantías suficientes, era necesario corregirlo o rehacerlo. Una lógica que muestra un saber constructivo basado en la observación y la experiencia.

Las imágenes registradas muestran también la importancia del enfoscado y de la cal. Estos revestimientos no actúan únicamente como acabado visual, sino como capa de protección. Unifican la superficie, cubren la irregularidad de la piedra y ayudan a proteger el muro frente a la humedad y la exposición. Cuando esa capa se pierde, la esquina revela su condición más vulnerable: aparecen piedras sueltas, juntas debilitadas, manchas de humedad, zonas erosionadas o reparaciones que intentan recomponer la continuidad del cerramiento.

En muchos casos, la esquina deja ver una tensión entre permanencia y deterioro. Algunas conservan todavía la lectura clara del muro tradicional, con su espesor y su revestimiento parcialmente mantenido. Otras muestran pérdidas más avanzadas, con piedra abierta, ladrillos incorporados, morteros recientes o encuentros mal resueltos. Estas transformaciones hablan de mantenimiento, abandono, intervenciones sucesivas y dificultad de conservar construcciones tan expuestas al clima y al uso.

La esquina tiene además una dimensión social que no conviene separar de su condición constructiva. En los núcleos rurales, no solo ordena el volumen de la casa; también participa en la forma de recorrer y encontrarse. Puede actuar como punto de giro, parada, referencia o conversación. Allí donde una calle cambia de dirección o donde una fachada se abre hacia un pequeño ensanche, la esquina puede convertirse en lugar reconocible dentro de la vida cotidiana.

Esta doble condición —material y social— permite entenderla como algo más que un límite. Por un lado, revela cómo se resuelve el muro; por otro, actúa como punto de relación dentro del núcleo. La esquina no pertenece únicamente a la construcción, sino también a la manera en que la vivienda se sitúa, se reconoce y participa en el recorrido.

Desde el punto de vista visual, el elemento permite comprender la diferencia entre fachada y cuerpo construido. Mientras la cara visible puede presentarse como plano, color o composición, el giro revela que la vivienda tiene espesor. Hace visible la masa del muro, la profundidad de los revestimientos, la superposición de materiales y la manera en que una superficie se transforma en otra.

Por ello, la esquina se entiende aquí como una pieza fundamental para leer el muro tradicional en Garafía. Su interés está en su capacidad para mostrar cómo se construye, cómo se deteriora, cómo se repara y cómo participa en la experiencia del estar.



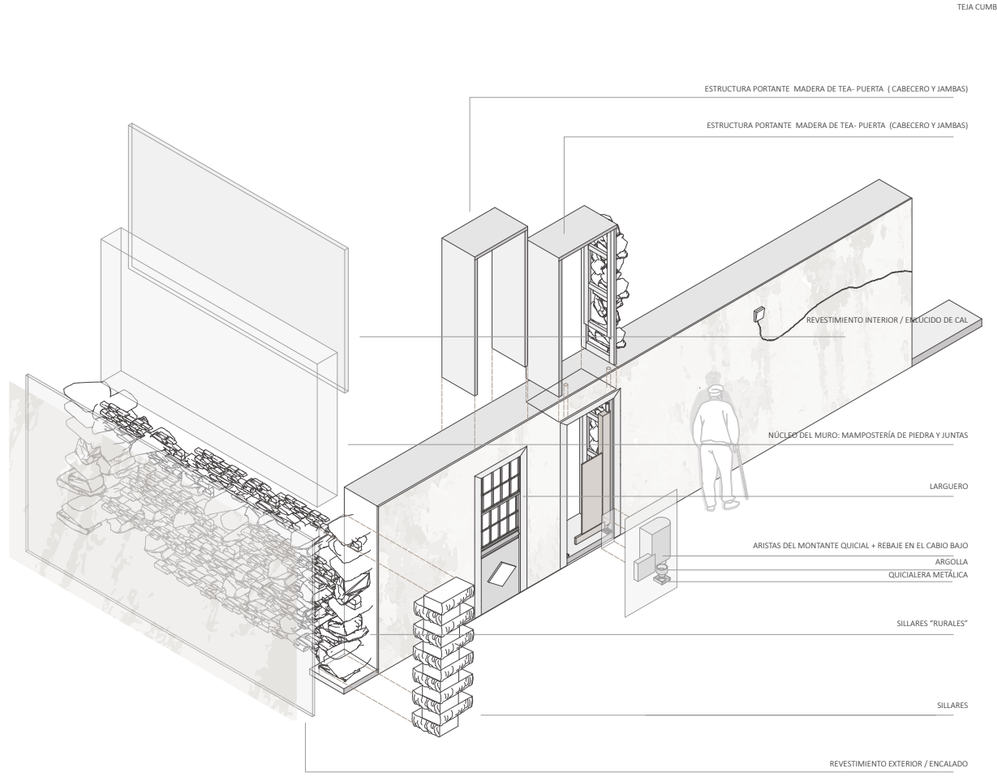









AXONOMETRÍA EXPLOTADA ESQUINA



3
LA CUBIERTA

La cubierta constituye el cierre superior de la vivienda y una de las partes más expuestas de la arquitectura. Su función no se limita a cubrir un espacio interior: define la sección de la casa, organiza la evacuación del agua y establece una relación directa con las condiciones exteriores. En la arquitectura tradicional palmera, donde todavía permanecen numerosas cubiertas de teja o de madera de tea, este elemento mantiene una presencia constructiva y visual especialmente reconocible.

Desde el punto de vista constructivo, la cubierta se organiza a partir de un sistema sencillo de piezas ensambladas. La cumbrera actúa como elemento principal de apoyo, mientras que los pares transmiten las cargas hacia los muros o hacia las vigas durmientes situadas en su coronación. Sobre esta estructura se dispone el entablonado de tea, cuya colocación responde a distintos sistemas tradicionales de montaje. La lógica de la cubierta no depende únicamente de sus materiales, sino de la relación precisa entre estas piezas y de la forma en que trabajan conjuntamente.

La cubierta tradicional no se entiende solo desde su imagen exterior. Su interés aparece también en la relación entre estructura y espacio interior. La inclinación genera altura y modifica la percepción del techo. En algunos casos, la tea queda visible y forma parte directa de la experiencia del espacio; en otros, las transformaciones posteriores ocultan o sustituyen esa estructura. Por ello, la cubierta permite leer tanto la solución constructiva original como los cambios introducidos con el tiempo.

La estructura de tea constituye el soporte principal de la cubierta y permite comprender gran parte de su funcionamiento. Cumbrera, pares, durmientes y entablonado forman un conjunto en el que cada pieza cumple una función específica, haciendo visible una forma de construir basada en el ensamblaje y en el aprovechamiento de las cualidades de este material. En algunos casos, especialmente en las cubiertas resueltas íntegramente con tea, el entablonado no actúa solo como soporte, sino también como plano final de cubrición. Esta condición hace que la cubierta se perciba como una pieza continua, donde estructura y acabado no aparecen completamente separados.

El sistema constructivo varía según el tipo de cubierta y la disposición de los muros. En las cubiertas a dos aguas, la cumbrera se apoya sobre los muros testeros y los pares se disponen hacia los laterales, bien encajados en mechinales, bien apoyados sobre durmientes. Sobre ellos se colocan las tablas, normalmente perpendiculares a la estructura principal. En algunos casos, estas tablas se solapan ligeramente para evitar que las juntas queden expuestas; en otros, se disponen en doble capa, de modo que una segunda línea de piezas cubre las uniones de la primera. Sin necesidad de añadir una descripción excesivamente técnica, esta forma de resolver la cubierta muestra una lógica precisa de montaje, ajuste y continuidad.

En el contexto palmero, la cubierta adquiere una presencia importante por su capacidad para construir una imagen de continuidad arquitectónica. La cubierta inclinada sigue siendo uno de los elementos que vinculan muchas construcciones con la tradición insular. Su permanencia, sin embargo, no implica una conservación homogénea: algunas aparecen cuidadosamente mantenidas; otras muestran deformaciones, reparaciones parciales o sustituciones de piezas. Precisamente por estar expuesta, la cubierta registra con claridad el paso del tiempo.

La fragilidad de la cubierta forma parte de esta lectura. Cuando se deteriora, la vivienda pierde una de sus condiciones esenciales de habitabilidad. Una tabla desplazada, una teja rota, una estructura deformada o una unión debilitada no son solo fallos técnicos; indican una alteración progresiva del sistema constructivo. Del mismo modo, una reparación o sustitución permite leer un intento de continuidad, aunque no siempre se resuelva de forma coherente con la construcción original.

La cubierta es, además, uno de los elementos donde la transformación contemporánea se hace más visible. Sustituciones de material, encuentros mal resueltos, planchas añadidas o reparaciones parciales pueden alterar no solo la imagen de la vivienda, sino también su funcionamiento. En muchas construcciones abandonadas, las soluciones añadidas aparecen como respuestas inmediatas ante el deterioro: piezas metálicas, láminas o remiendos parciales que tratan de prolongar el uso sin recomponer necesariamente la lógica original del sistema. Una cubierta puede conservar su apariencia tradicional y haber perdido parte de su eficacia; también puede haber sido transformada sin romper del todo su lectura constructiva.

Por ello, este elemento se entiende aquí como un fragmento clave para leer la relación entre arquitectura, materia y tiempo. A través de la cubierta, la vivienda rural muestra cómo se adapta a las condiciones exteriores y cómo conserva, transforma o pierde parte de su lógica original. Si la ventana introduce la relación con el exterior y la esquina muestra el contacto con la materia y el terreno, la cubierta permite comprender cómo la casa se mantiene habitable a través de su forma, su estructura y su permanencia.

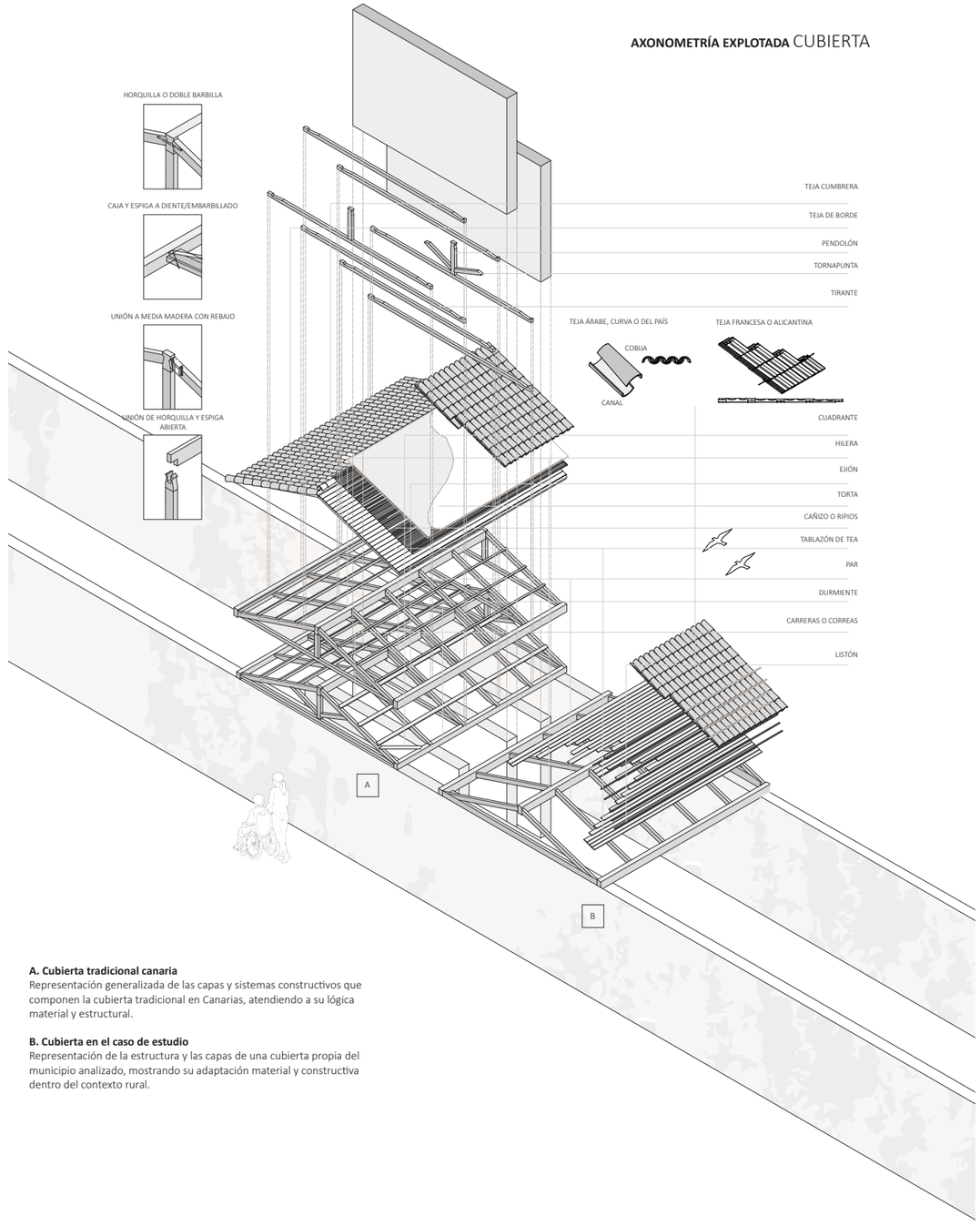








AXONOMETRÍA EXPLOTADA CUBIERTA



A. Cubierta tradicional canaria
Representación generalizada de las capas y sistemas constructivos que componen la cubierta tradicional en Canarias, atendiendo a su lógica material y estructural.

B. Cubierta en el caso de estudio
Representación de la estructura y las capas de una cubierta propia del municipio analizado, mostrando su adaptación material y constructiva dentro del contexto rural.

3
DE LA CONSTRUCCIÓN A LA ABSTRACCIÓN

El análisis de la ventana, la esquina y la cubierta permite pasar de la escala constructiva a una lectura más amplia del territorio. Cada elemento se estudia primero desde su condición material: la ventana como sistema de carpintería, espesor y contacto con el exterior; la esquina como muro, piedra, traba y encuentro; la cubierta como estructura de madera, teja, pendiente y protección frente al clima. Sin embargo, su interés no termina en el funcionamiento constructivo. Una vez observados en detalle, estos elementos permiten extraer relaciones que pueden trasladarse a una escala mayor.

Este paso no consiste en abandonar la construcción, sino en reconocer qué tipo de lectura produce cada fragmento. La ventana permite pensar la apertura; la esquina, la costura; la cubierta, la protección. Estos conceptos no aparecen como ideas abstractas impuestas desde fuera, sino como relaciones deducidas a partir de elementos concretos. La abstracción surge precisamente de mirar la construcción hasta encontrar en ella una lógica capaz de operar más allá de la pieza.

La apertura procede de la ventana, pero no se limita a ella. En la escala territorial permite observar cómo el asentamiento respira, cómo mantiene vacíos, cómo se orienta hacia el camino o hacia el paisaje y cómo evita convertirse en una masa cerrada. La costura procede de la esquina y del muro, pero se amplía hacia las formas de unión entre viviendas, caminos, bordes y agrupaciones. La protección procede de la cubierta, aunque deja de referirse solo al techo para incluir bordes, recorridos acompañados, vegetación, agrupaciones y piezas auxiliares que generan resguardo dentro del asentamiento.

Este desplazamiento de escala resulta necesario porque el territorio rural no se organiza como una ciudad compacta. En Garafía, la lectura urbanística muestra una ocupación dispersa, atravesada por asentamientos rurales y agrícolas, caminos que estructuran la relación entre piezas y amplias zonas donde la construcción aparece vinculada al suelo, al relieve y a la actividad productiva. El plano no presenta una trama urbana continua, sino una estructura fragmentada, donde los núcleos y las edificaciones se reconocen por su relación con la red viaria, las parcelas, los vacíos y los límites del suelo.

Por ello, el planeamiento urbanístico funciona como una base técnica necesaria. No se utiliza únicamente para describir una clasificación normativa, sino para situar la lectura gráfica sobre una estructura real del territorio. El Plan General permite diferenciar ámbitos de asentamiento rural, asentamiento agrícola, poblamiento disperso y otras categorías de suelo. Esta distinción es importante porque el análisis no puede apoyarse en criterios urbanos convencionales. No se trata de estudiar manzanas, calles compactas o frentes edificados continuos, sino relaciones entre piezas separadas, caminos, vacíos, bordes y pequeñas agrupaciones.

El poblamiento disperso permite entender situaciones en las que las viviendas aparecen aisladas o vinculadas directamente a parcelas agrícolas y terrenos de cultivo. La edificación no se comprende como parte de una calle continua, sino como presencia asociada al suelo que la rodea. En estos casos, la distancia entre piezas no es simplemente vacío; puede ser espacio productivo, separación necesaria, aire, acceso, margen o continuidad paisajística.

El asentamiento rural responde a entidades de población existentes, generalmente pueblos o caseríos tradicionales, que conservan una estructura reconocible aunque no se clasifiquen como suelo urbano. En ellos, la relación entre vivienda, camino y agrupación adquiere un papel fundamental. El asentamiento no se define por compactación, sino por una continuidad más abierta, donde las casas se reconocen como parte de un conjunto a través de recorridos, proximidades y referencias compartidas.

El asentamiento agrícola, en cambio, mantiene una relación más directa entre edificación residencial y explotación agropecuaria. La vivienda no aparece separada de la actividad productiva, sino vinculada a un modo de ocupar y trabajar el suelo. Esta categoría resulta especialmente importante para una lectura rural porque permite entender que la arquitectura no siempre se organiza desde criterios puramente residenciales, sino desde una dependencia entre casa, cultivo, acceso y mantenimiento del territorio.

A partir de esta base, apertura, costura y protección se convierten en herramientas de lectura gráfica. La costura permite estudiar cómo se mantiene unido el asentamiento: la carretera o camino principal actúa como hilo que ordena las piezas sin necesidad de compactarlas; los enlaces, nudos, bordes y piezas intermedias permiten reconocer continuidades y posibles puntos de fragilidad. La apertura permite observar la presencia de aire, vacío y distancia, entendiendo los espacios libres no como ausencia de construcción, sino como condiciones que separan viviendas, abren vistas, generan transiciones y conservan la legibilidad del conjunto. La protección introduce una tercera dimensión, vinculada al resguardo, no solo mediante el cierre, sino a través de proximidades, recorridos acompañados, vegetación, piezas auxiliares y escalas contenidas.

La operación de abstracción consiste entonces en traducir relaciones constructivas a relaciones territoriales. La ventana no se dibuja literalmente en el plano, pero su lógica permite estudiar aperturas, vacíos, frentes y distancias. La esquina no se traslada como detalle de muro, pero su capacidad de unir y trabar permite leer caminos, enlaces, nudos y bordes. La cubierta no aparece como sección constructiva, pero su condición protectora permite identificar ámbitos de resguardo, recorridos acompañados, piezas auxiliares y zonas vulnerables.

3
PRESENTACIÓN URBANÍSITCA DEL MUNICIPIO

Desde el punto de vista urbanístico, Garafía ha pasado de una ordenación basada en normas subsidiarias a la aprobación definitiva de su Plan General en torno al año 2019. Desde entonces, el municipio se ordena atendiendo con mayor precisión a su suelo rústico, a sus formas de ocupación dispersa y a la diversidad de usos existentes.

El PGO incorpora ámbitos de asentamiento, espacios protegidos y regulaciones vinculadas a actividades presentes en el territorio, entre ellas el turismo rural. En esta investigación, este “avance” en la ordenación urbanística ha permitido tomar el planeamiento como base técnica y cartográfica para desarrollar la propuesta, centrada en las relaciones de costura, apertura y protección.

CARTOGRAFÍA TRABAJADA DEL MUNICIPIO



CROQUIS VISUAL- **CATEGORÍAS DE SUELO**

1



SUELOS DE PROTECCIÓN RURAL

2



SUELOS DE PROTECCIÓN PAISAJÍSTICA

3



SUELOS DE PROTECCIÓN CULTURAL

4

SUELOS URBANOS

5



ESPACIOS PROTEGIDOS

6



SUELO RÚSTICO CON VALOR ECONÓMICO

3
PROPUESTA

Garafía cuenta con 7 asentamientos rurales y 13 agrícolas reconocidos por el planeamiento. Esta clasificación permite entender la ocupación del municipio atendiendo a formas de crecimiento dispersas, ligadas a la naturaleza y a las actividades del sector primario.

Desde el punto de vista urbanístico, los primeros se corresponden con ámbitos de población existentes en suelo rústico, formados por viviendas y otras edificaciones que, sin alcanzar la condición de suelo urbano, presentan una estructura reconocible y cierta continuidad territorial. En ellos, la vivienda, los accesos, los espacios libres y las piezas auxiliares construyen una forma de ocupación vinculada al habitar cotidiano.

Los segundos están directamente relacionados con la actividad agraria. En estos ámbitos, la vivienda convive con almacenes, pajeros, cuartos de aperos y otras construcciones menores asociadas al uso productivo del suelo, por lo que su lectura debe hacerse desde la relación entre edificación, parcela, cultivo y territorio.

Dentro de este sistema se selecciona Las Tricias, por ser el núcleo rural de mayor entidad del municipio. Cuenta con una superficie aproximada de 215.692 m², 112 viviendas, 12 establecimientos turísticos alojativos y 162 edificaciones de otros usos, como almacenes, pajeros u otras piezas auxiliares. En total reúne 286 edificaciones y presenta una densidad de 6,68 habitantes por vivienda.

A pesar de estar clasificado como rural, Las Tricias reúne también condiciones propias de los ámbitos agrícolas, especialmente por la presencia significativa de pajeros, almacenes y construcciones auxiliares vinculadas a la vivienda. Esta mezcla entre residencia, piezas productivas y estructura dispersa lo convierte en un caso especialmente interesante para una lectura de costura, apertura y protección.

AENTAMIENTOS RURALES

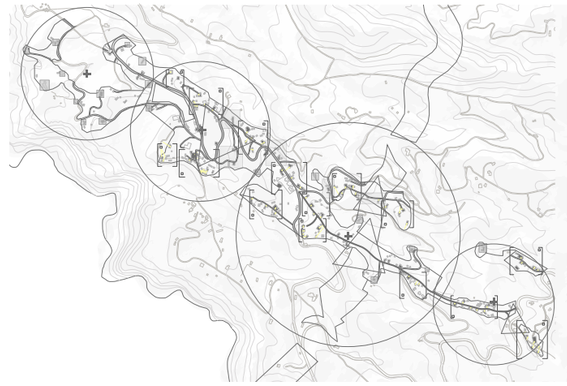
AENTAMIENTOS AGRÍCOLAS

RAR.16



CARTA DE COSTURA

RAR.16



1 HILO PRINCIPAL
2 ENLACES VIVIENDA - CAMINO
3 NUDOS DE AGRUPACIÓN
4 PIEZAS BISAGRA
5 BORDES FRÁGILES AISLADOS
6 RIESGO DE RUPTURA

1 Carretera principal que organiza y mantiene unido el asentamiento.
2 Viviendas con relación directa al camino / carretera general
3 Puntos donde varias viviendas se concentran y forman pequeñas agrupaciones.
4 Construcciones que conectan un grupo con otro o ayudan a enlazar distintos tramos.
5 Viviendas situadas en los extremos, donde la continuidad del asentamiento se vuelve más frágil.
6 Zonas donde una nueva intervención podría romper la relación entre vivienda, camino y agrupación.

CONCLUSIÓN PRINCIPAL

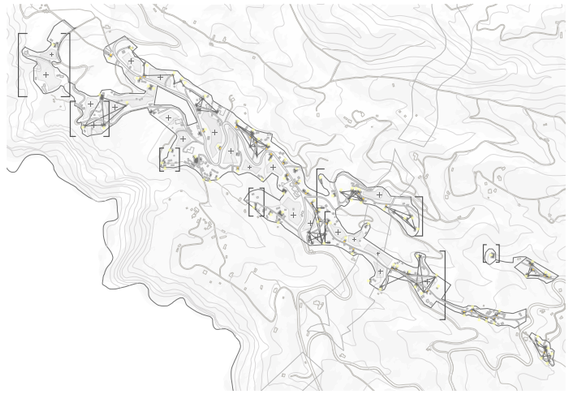
La costura en *Las Tricias* demuestra que el asentamiento no se mantiene unido por una forma compacta, sino por una red de relaciones débiles pero continuas entre carretera, accesos, agrupaciones, piezas intermedias y bordes. Su valor está precisamente en esa continuidad fragmentada: cada vivienda puede aparecer separada, pero sigue perteneciendo al conjunto cuando mantiene una relación clara con el camino y con las demás piezas del sistema.

CONCLUSIÓN CRÍTICA

La transformación del asentamiento debería cuidar esa lógica de unión. No se trataría de impedir cualquier cambio, sino de evitar operaciones que rompan la secuencia existente: accesos sin relación con la estructura principal, viviendas aisladas sin pertenencia clara, cierres entre agrupaciones o intervenciones que debiliten los bordes. Mantener la costura implica conservar la manera en que el asentamiento se enlaza, no congelar su forma.

CARTA DE APERTURA

RAR.16



1 [ ] APERTURA SECUENCIAL

2 APERTURA AL RECORRIDO

3 DISTANCIA ENTRE PIEZAS

4 + VACÍOS A PERSERVAR

5 APERTURA DOMÉSTICA

6 POROSIDAD DEL ASENTAMIENTO

1. Áreas del asentamiento “invisibles” desde la carretera general
2. Relaciones entre las viviendas, los accesos directos y la carretera como espacio de llegada
3. Separaciones entre construcciones que permiten aire, luz y autonomía
4. Vacíos que deben mantenerse para conservar la lectura abierta en determinados puntos
5. Viviendas con apertura visual completa
6. Vacíos generales que evitan un asentamiento compacto

CONCLUSIÓN PRINCIPAL

La apertura en *Las Tricias* se reconoce en la capacidad del asentamiento para mantenerse permeable. No depende de una única vista ni de una orientación concreta, sino de la presencia de recorridos, distancias, vacíos y espacios domésticos que permiten que las viviendas respiren, se relacionen con el camino y conserven cierta autonomía dentro del conjunto.

CONCLUSIÓN CRÍTICA

La apertura se pierde cuando el asentamiento comienza a cerrarse sobre sí mismo. Ocupar los vacíos a preservar, reducir la distancia entre piezas o transformar el recorrido en una línea edificada continua puede hacer que Las Tricias deje de leerse como una estructura rural abierta y pase a entenderse como una ocupación compacta, perdiendo su relación con el espacio libre y con la forma dispersa que la caracteriza.

CARTA DE PROTECCIÓN

RAR.16



1 BORDES VULNERABLES

2 ÁMBITOS DE RESGUARDO COLECTIVO

3 RECORRIDOS PROTEGIDOS

4 VEGETACIÓN COMO ABRIGO

5 PROTECCIÓN POR ESCALA

6 EL “PAJERO” COMO PIEZAS DE PROTECCIÓN

1. Zonas donde el asentamiento queda más frágil frente al exterior.
2. Tramos del camino donde la presencia construida da acompañamiento y abrigo
3. Cómo el tamaño de las mayores piezas mantiene una protección proporcional y no agresiva.
4. Agrupaciones de viviendas que generan protección por proximidad.
5. Pajeros y construcciones menores que amplían la protección de la vivienda hacia la vida rural cotidiana.
6. Elementos vegetales que dan sombra, filtro y protección alrededor de las viviendas.

CONCLUSIÓN PRINCIPAL

La protección en *Las Tricias* no se entiende como un elemento aislado, sino como una condición acumulativa. El cobijo aparece cuando el asentamiento combina escala contenida, agrupaciones próximas, recorridos acompañados, piezas auxiliares y vegetación. Estas capas reducen la exposición directa y permiten que la vida cotidiana no quede completamente entregada al exterior.

CONCLUSIÓN CRÍTICA

Proteger el asentamiento no significa cerrarlo ni hacerlo más compacto, sino conservar las condiciones que generan abrigo sin perder su carácter rural. La transformación debería cuidar especialmente los bordes vulnerables, la escala de las nuevas piezas, la presencia de vegetación, los recorridos habitados y las construcciones auxiliares que sostienen usos cotidianos. Si estas capas desaparecen, el lugar pierde capacidad de protección y se vuelve más “duro”, más expuesto y menos habitable.

3
INDICIO 40

El indicio más importante de esta investigación no pertenece únicamente a la materia construida. Después de observar ventanas, esquinas, cubiertas y fragmentos del territorio, la lectura vuelve necesariamente hacia quienes hacen posible que ese lugar siga teniendo sentido. Las personas aparecen entonces como el indicio principal: no como un elemento añadido al análisis arquitectónico, sino como aquello que permite comprender por qué la arquitectura permanece, se transforma, se cuida o se abandona.

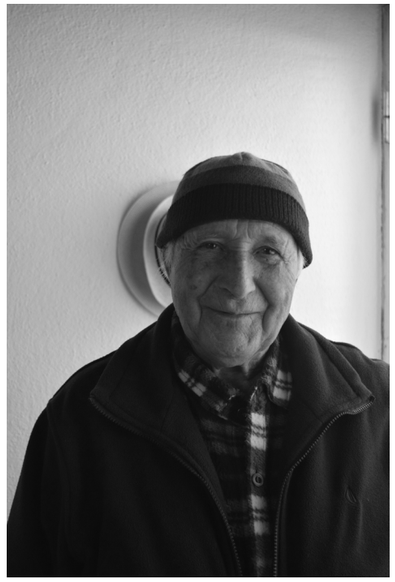
Bajo esta mirada, el territorio se entiende también desde las vidas que lo han recorrido, sostenido y reconocido durante años. En Garafía, muchas de las relaciones que dan sentido al lugar no se encuentran únicamente en el medio físico, sino en quienes los han usado, reparado, atravesado y habitado. Son ellos quienes conservan una memoria cotidiana del territorio y quienes permiten leerlo desde una dimensión más humana.

Por este motivo, la investigación incorpora cuarenta retratos de personas vinculadas al lugar y cuatro relatos representativos de vida. No se plantean como un archivo biográfico cerrado ni como una representación total de la comunidad, sino como una forma de dejar constancia de presencias concretas. Cada rostro muestra una manera de estar en el territorio; cada testimonio permite acercarse a una experiencia que no siempre aparece se dice, en los datos o en cualquier análisis.

La mayoría de estas personas lleva muchos años recorriendo las mismas calles, reconociendo los mismos caminos y habitando una realidad marcada por la distancia, el silencio, el cuidado y la permanencia. Sus vidas muestran que el medio rural no puede leerse únicamente desde la pérdida o el aislamiento. También existe en él una forma profunda de arraigo, una sensibilidad propia y una relación con el lugar que no siempre necesita ser nombrada para estar presente.

Desde la arquitectura, esta cuestión resulta esencial. Proyectar sobre un lugar exige conocer quién lo habita, qué vínculos lo sostienen y qué formas de vida podrían verse afectadas por cualquier transformación. La arquitectura no trabaja sobre un vacío ni sobre una imagen abstracta del territorio; trabaja sobre espacios vividos. Por eso, intervenir sin atender a las personas puede significar alterar no solo una forma construida, sino también una manera de permanecer.

Indicio 40 surge así como una reflexión final sobre el sentido humano de esta lectura. Frente a una mirada que podría quedarse en los elementos materiales, estos retratos recuerdan que el territorio está sostenido por vidas concretas. Las personas no son un complemento del lugar: son parte de su estructura sensible. Reconocerlas, escucharlas y representarlas es también una forma de respeto hacia aquello que se quiere comprender antes de transformar.



Clemente Rodríguez Hernández
Santo Domingo
80 años

Clemente introduce una presencia serena dentro de Santo Domingo. Su retrato remite a una forma de pertenencia construida desde la permanencia diaria, los recorridos conocidos y la relación directa con un entorno que ha formado parte de su historia.

En su figura se reconoce una manera discreta de habitar Garafía. Amigo de sus amigos, servicial y profundamente vinculado al medio, su vida ha estado siempre marcada por la cercanía al entorno rural, la tranquilidad y una relación sencilla con el lugar que recorre y reconoce como propio.



María Delia Pedrianes Pérez
Santo Domingo
82 años

Delia permite acercarse a una vida construida desde dentro, desde la casa, el cuidado y las responsabilidades asumidas con discreción. Su experiencia está marcada por tareas que muchas veces no dejaron una huella visible, pero que sostuvieron el ritmo cotidiano de la vivienda y de quienes la habitaron.

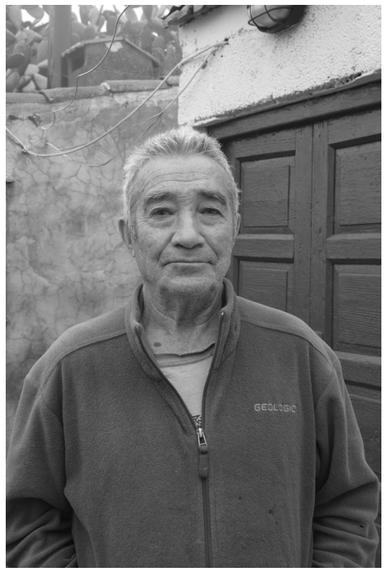
En ella aparecen los actos sencillos que ordenan una vida: preparar, cuidar, acompañar, esperar y continuar. Su presencia permite reconocer una fortaleza silenciosa, propia de quienes han sostenido lo cotidiano sin ocupar siempre un lugar visible. A través de Delia, Garafía se lee desde una escala humana, donde el territorio también se construye desde formas de cuidado.



Quiteria Rodríguez Pérez
Cueva del Agua
95 años

En Quiteria permanece una forma de saber vinculada a Cueva del Agua y a los gestos cotidianos del lugar. A través de sus manos, de sus recetas y del horno de leña, se reconocen conocimientos asociados al trabajo, al alimento y a la vida campesina.

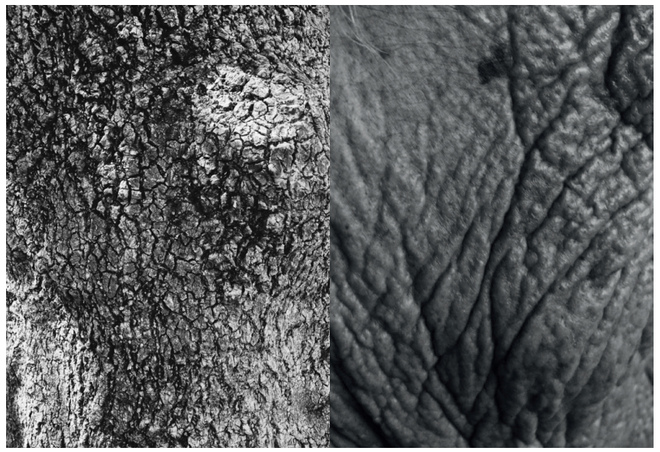
Hoy son quienes la rodean los que ayudan a recordar parte de esa vida, marcada por la constancia y la dedicación. En ella permanecen la cercanía, la paciencia y esa forma sencilla de estar con los demás; gestos discretos que también forman parte de la continuidad del lugar.



Isidoro Castro Medina
Llano Negro
77 años

Isidoro habla desde la memoria profunda de quien conoce Garafía por dentro. Su relato reúne caminos, nombres, oficios, transformaciones del paisaje y pequeñas historias que no aparecen en los mapas, pero que sostienen la vida del lugar. No mira el territorio desde la distancia, sino desde una experiencia acumulada durante años, ligada al medio, al trabajo y a las personas que lo habitan.

En su presencia hay también una forma contenida de mirar la vida: una serenidad atravesada por aquello que no siempre se dice, pero que permanece. Isidoro permite acercarse a Garafía desde una posición compleja, donde el conocimiento del territorio convive con las marcas íntimas del tiempo. A través de él, el lugar no se entiende solo como paisaje, sino como espacio vivido, recordado y sostenido.



SUPERFICIE DE PARED EROSIONADA EN UNA VIVIENDA DE CUEVA DEL AGUA - TEXTURA PIEL DE UNA PERSONA DEL MUNCIPIO



José Ángel Sánchez Rodríguez
Catela



María Nieves Cabrera Castro
Santo Domingo



Emeteria Pérez Rodríguez
Llano Negro



Arístides Pedrianes Pérez
Hoya Grande



Nieves Lourdes Lorenzo García
Santo Domingo



Carmen Nieves Pedrianes Lorenzo
Hoya Grande



Gibel García Rocha
Cueva del Agua



María Nila Rodríguez Martín
Santo Domingo



Álvaro Clímaco Rodríguez Pérez
Cueva del Agua



Nieves Dolores Castro Rodríguez
Santo Domingo



Urbano Paz Medina
Llano Negro



Lucas Pérez Rodríguez
Santo Domingo



María Rosa Medina Medina
Santo Domingo



Berta Rodríguez Sanfiel
Juan Adalid - El Mudo



Carolina Sánchez del Pino
Cueva del Agua



Teógenes Rojas Hernández
El Palmar



María Nieves García San Luis
Llano Negro



Ángel Evelio Paz Lorenzo
Santo Domingo



Tita García Rodríguez
Santo Domingo



Fermín Hernández Herrera
Santo Domingo



Benigno Manuel Rodríguez García
El Tablado



Isabel María Rodríguez Sanfiel
Juan Adalid - El Mudo



Mario Brito Medina
Santo Domingo



Felipe Gabriel Pérez Rodríguez
Catela



María del Pilar García Pombrol
Santo Domingo



Nieves Cabrera Reyes
Roque del Faro



Francisco de Asís Pérez Rodríguez
Santo Domingo



María Rosa Medina Medina
Juan Adalid - El Mudo



Andrés Pérez Paz
Juan Adalid - El Mudo



Lourdes Esther Pérez Lorenzo
Santo Domingo



María Ithaisa Rodríguez García
Santo Domingo



María Aquila García Rodríguez
Don Pedro



Ángel Manuel González Pérez
Cueva del Agua



Zoila García Rocha
Cueva del Agua



Gregorio Javier Concepción Pérez
Cueva del Agua



Isidro Medina Riverol
Santo Domingo



María Nisbelia Rodríguez Martín
El Palmar



Arnaldo Rodríguez Sanfiel
Juan Adalid - El Mudo



María Inés Paz Pérez
Santo Domingo



Eduardo Concepción Pérez
Don Pedro

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La investigación desarrollada ha permitido confirmar la necesidad de mirar el territorio rural desde una escala capaz de atender a relaciones que habitualmente quedan fuera. En Garafía, el caso estudio, la arquitectura no puede comprenderse únicamente desde la vivienda como objeto aislado, ni desde el paisaje como imagen amplia, ni desde los datos como explicación suficiente. Su legibilidad aparece en el cruce entre materia, uso, memoria, tiempo y vida cotidiana. Por ello, el trabajo no ha buscado construir una descripción total del municipio, sino una lectura situada de aquellos indicios que permiten reconocer cómo el lugar sigue siendo habitado.

El punto de partida ha sido una forma de mirar antes de intervenir. Esta posición ha acompañado todo el proceso: detenerse, recorrer, fotografiar, escuchar, seleccionar y traducir. Frente a una mirada rápida, que podría reducir el medio rural al deterioro la investigación ha intentado atender también a sus formas de permanencia. Esto no significa negar la fragilidad del territorio, sino leerla junto a aquello que todavía lo sostiene. En Garafía conviven casas cerradas, envejecimiento, abandono y pérdida de uso, pero también cuidado, arraigo, memoria, recorridos, vínculos y formas de continuidad que siguen dando sentido al lugar.

Desde el marco teórico, la atención hacia lo pequeño se planteaba como una forma de conocimiento. Esta hipótesis se ha confirmado durante el desarrollo del trabajo. Los fragmentos constructivos no han funcionado como detalles aislados, sino como puntos capaces de condensar relaciones más amplias. La ventana, la esquina y la cubierta han permitido acceder a una lectura del habitar rural desde tres dimensiones complementarias: la relación con el exterior, el contacto con la materia y el terreno, y la protección frente al paso del tiempo. Cada elemento ha sido estudiado primero desde su condición constructiva, y después ha permitido formular una lectura más amplia del lugar.

El concepto de indicio ha resultado fundamental para articular esta transición. Un indicio no ofrece una explicación cerrada, pero permite inferir la existencia de algo que no se percibe de manera inmediata. En este trabajo, los indicios han aparecido en la materia envejecida, en las reparaciones, en las formas de apoyo, en los cierres, en las marcas de uso acumuladas y en las personas. No se han entendido como restos sin importancia, sino como señales capaces de activar una lectura. Su valor no reside únicamente en lo que muestran, sino en aquello que permiten deducir sobre las formas de construir, cuidar, transformar y permanecer.

Uno de los principales aportes de la investigación ha sido traducir esa lectura material a una representación gráfica organizada. Las cartas de lectura no se muestran como un planeamiento, como una propuesta de intervención o como una herramienta normativa. Tampoco pretenden sustituir al territorio ni reducirlo a un código cerrado. Su aportación consiste en hacer visibles relaciones que normalmente permanecen dispersas: la manera en que las viviendas se enlazan con los caminos, los vacíos que permiten respirar al asentamiento, los bordes donde la continuidad se vuelve más frágil, las agrupaciones que generan resguardo o los recorridos que ordenan la relación entre piezas.

En este sentido, las cartas no ofrecen una respuesta definitiva, sino una forma de lectura previa. Permiten observar el asentamiento desde tres conceptos derivados del análisis constructivo: apertura, costura y protección. La apertura ayuda a reconocer vacíos, distancias, frentes y formas de relación con el paisaje. La costura permite leer caminos, enlaces, nudos y piezas que mantienen unido un conjunto disperso. La protección identifica ámbitos de resguardo, recorridos acompañados, piezas auxiliares, vegetación y condiciones de escala que reducen la exposición. Estas categorías no sustituyen la complejidad del lugar, pero permiten ordenarla sin eliminar su carácter fragmentado.

El plano urbanístico se ha utilizado únicamente como soporte de encuadre. Su función ha sido situar la lectura dentro de una estructura territorial reconocible, especialmente en relación con los asentamientos rurales y agrícolas, pero sin convertir el planeamiento en objeto principal de análisis. Esta investigación no desarrolla una lectura urbanística exhaustiva ni pretende extraer conclusiones normativas del plan. Este funciona como base de localización sobre la que apoyar las cartas, permitiendo situar fragmentos, caminos, agrupaciones y vacíos dentro de un marco territorial mínimo.

Desde esta perspectiva, la lectura gráfica dialoga con el planeamiento mediante una escala interpretativa. El plan ayuda a ubicar, pero no dirige el sentido del análisis. Las cartas se construyen a partir de la observación, la fotografía y los fragmentos materiales, utilizando el plano solo como soporte para situar relaciones que de otro modo quedarían dispersas. La aportación principal no está en clasificar el suelo, sino en proponer una forma de mirar lo que sucede dentro de esos ámbitos habitados.

Otro aporte importante ha sido el papel de la fotografía. La imagen no se ha utilizado como simple acompañamiento visual ni como recurso estético, sino como una herramienta de aproximación. Fotografiar ha permitido detener la mirada, fijar fragmentos, comparar situaciones y volver sobre aquello que durante el recorrido podía pasar desapercibido. Ha funcionado como una forma de acercar al lector al lugar, compartiendo una posición de observación. No muestra la totalidad de Garafía, pero sí permite entrar en su textura material, en su deterioro, sus ritmos, silencios y sus formas de presencia cotidiana.

La fotografía también ha permitido acercar la investigación a quienes habitan el lugar. En un trabajo que parte de la arquitectura entendida desde lo sensible, el territorio no podía quedar reducido a sus elementos construidos. Las personas son parte esencial de la lectura, porque son quienes han habitado, recorrido, cuidado y recordado el lugar. Los cuarenta retratos y los cuatro relatos finales no funcionan como un añadido emocional, sino como el indicio más importante del trabajo. Recuerdan que detrás de cada camino, cada casa, cada reparación o cada espacio abandonado existen vidas concretas, haciendo que la arquitectura se vuelva inseparable de quienes la sostienen.

Desde la posición que asume esta investigación, esta cuestión resulta especialmente relevante para la disciplina arquitectónica. Proyectar sobre un lugar exige conocer qué relaciones humanas lo han construido y qué formas de vida podrían verse afectadas por cualquier transformación. La arquitectura no trabaja sobre un vacío. Trabaja sobre lugares habitados, sobre memorias, sobre cuerpos, sobre rutinas y sobre maneras de estar. Por ello, una lectura previa como la que se propone no busca detener el cambio, sino hacerlo más consciente. Antes de transformar, resulta necesario comprender qué condiciones permiten que un lugar siga siendo reconocible.

En cuanto al cumplimiento de los objetivos, la investigación ha logrado construir una lectura gráfica y fragmentaria del territorio habitado en Garafía, capaz de hacer visibles sus condiciones materiales y sensibles. El objetivo no era formular una intervención cerrada ni proponer un sistema de crecimiento, sino leer. En ese sentido, el trabajo ha permitido identificar tres relaciones principales —apertura, costura y protección— y trasladarlas desde el análisis constructivo hacia una escala territorial. También ha permitido demostrar que los fragmentos no reducen la complejidad del lugar, sino que ofrecen una forma precisa de entrar en ella.

La metodología planteada ha resultado coherente con ese objetivo. La observación directa permitió reconocer situaciones materiales y territoriales; la fotografía construyó un archivo visual desde el que comparar y seleccionar; el análisis de fragmentos permitió estudiar la ventana, la esquina y la cubierta; y la representación gráfica permitió traducir las relaciones observadas. El proceso no ha sido lineal, sino acumulativo: mirar llevó a fotografiar, fotografiar llevó a comparar, comparar llevó a seleccionar, y seleccionar permitió dibujar. Cada fase ha funcionado como una capa de lectura.

El trabajo también ha mostrado sus propios límites. La lectura desarrollada no agota la complejidad del municipio ni puede representar todas sus formas de vida. Las cartas no son universales ni pretenden aplicarse de manera automática a cualquier territorio rural. Tampoco sustituyen el trabajo técnico, social, patrimonial o urbanístico que requeriría una intervención real. Su valor está en otra escala: ofrecen una base previa, una forma de atención organizada y un modo de reconocer relaciones antes de tomar decisiones. Su utilidad dependerá precisamente de no convertirlas en una receta cerrada.

A partir de esta investigación se abren varias líneas de continuidad: ampliar el análisis a otros barrios de Garafía, comparar la lectura con otros municipios rurales de La Palma o de Canarias, y vincular las cartas con futuros criterios de intervención, rehabilitación o crecimiento. Ante su posible aplicación en otros contextos, no se trataría de repetir literalmente el método, sino de comprobar cómo cada territorio produce sus propios indicios y qué transformaciones podrían ser compatibles con su continuidad.

Otra posible línea sería incorporar con mayor profundidad la memoria oral y los saberes constructivos. Parte del conocimiento sobre la arquitectura rural no se encuentra solo en los documentos técnicos, sino en quienes han participado en su construcción, mantenimiento o uso. Registrar esos relatos, junto con la ampliación del archivo fotográfico, permitiría documentar cambios, pérdidas, reparaciones y permanencias a lo largo del tiempo.

La principal conclusión del trabajo es que la arquitectura rural no debe leerse únicamente desde lo que falta, sino también desde aquello que todavía permanece activo. En Garafía, la fragilidad es evidente, pero convive con vínculos, memorias y formas de cuidado. La vivienda, el camino, la cubierta, el muro, la ventana o el retrato de una persona mayor forman parte de una estructura sensible que permite reconocer el territorio como algo más que una superficie ocupada.

Por ello, la sensibilidad no implica una lectura débil ni imprecisa. Al contrario, exige mayor atención: permite incorporar materia, tiempo, uso, memoria y personas dentro de una misma lectura arquitectónica. El territorio rural no necesita convertirse en una imagen nostálgica para ser valorado, ni debe entenderse únicamente como un problema a resolver. Entre ambas posiciones, esta investigación propone observar qué relaciones lo mantienen vivo, qué elementos permiten reconocerlo y qué transformaciones podrían acompañarlo sin romperlo.

Al final, este trabajo no trata solo de ventanas, esquinas, cubiertas o planos. Trata de aprender a mirar lo que permanece antes de que desaparezca, de reconocer que un territorio no se sostiene únicamente por sus formas construidas, sino por las vidas que las atraviesan. Garafía aparece como un lugar frágil, pero no vacío; envejecido, pero no detenido; silencioso, pero lleno de señales. Cada fragmento observado, cada materia desgastada, cada camino recorrido y cada rostro fotografiado construye una misma afirmación: todavía hay algo que leer.

La arquitectura, antes de transformar, debería ser capaz de escuchar. Escuchar la materia, el tiempo, uso y a las personas que han hecho posible que un lugar siga siendo habitado. Solo desde esa atención puede proponerse algo que no llegue como una imposición, sino como una continuidad consciente. Porque intervenir en un territorio no significa únicamente modificar su forma; también significa tocar la vida de quienes lo reconocen como propio. Y quizá la responsabilidad más profunda de la arquitectura sea precisamente esa: no borrar, por querer mejorar, aquello que todavía sostiene la posibilidad de permanecer.

BIBLIOGRAFÍA

[2] Robles García, M. (2011). ¿Dime qué ves y te diré qué piensas? El mundo de las percepciones y los retos para la comunicación ambiental. 3(1), 48–56.

[4] Lázaro Ruiz, V. (2022). La representación mental del espacio a lo largo de la vida. Esta referencia se utiliza para apoyar la idea de que observar y representar un lugar no son procesos neutros.

[5] Rodríguez-Segura, A., & Loren-Méndez, M. (2022). Emociones, afectos y experiencias en la caracterización urbano-arquitectónica: El apego al lugar en los viajes de la memoria. Se utiliza para reforzar la relación entre paisaje, arquitectura y uso a lo largo del tiempo.

[6] Bonetto, M. J. (2016). 'El uso de la fotografía en la investigación social'. Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social, 11, pp. 71-83.

[7] Cevallos Aráuz, A. y Parrado Rodríguez, C. (2019). 'Resignificar la observación y el registro fotográfico de espacios públicos. Una experiencia desde Quito'. AREA, 25(1), pp. 1-16.

[8] Merlo, A. (2026). Para una mirada lenta. Cómo leer imágenes fotográficas. Bogotá: Universidad de los Andes.

[9] Fernandes, B. M. Sobre la tipología de los territorios. El autor plantea el territorio como una realidad multidimensional y relacional, no como una superficie única o abstracta.

[10] Casanova Berna, N. Tratado de teoría del habitar. Se utiliza su comprensión del habitar como producción continua de relaciones humanas con los lugares.

[11] Casanova Berna, N. 'La Teoría del Habitar y la Teoría Urbana: un esbozo de agenda de convergencias'. El texto permite reforzar una lectura centrada en las personas, los gestos del cuerpo habitante y la realidad concreta de los lugares, más que en la arquitectura como objeto autónomo.

[12] Berroeta, H.; Pinto de Carvalho, L.; Di Masso, A.; Ossul Vermehren, M. I. (2017). 'Apego al lugar: una aproximación psicoambiental a la vinculación afectiva con el entorno en procesos de reconstrucción del hábitat residencial'. Revista INVI, 32(91), pp. 113-139.

[13] Fernandes, B. M. Sobre la tipología de los territorios.

[14] Molarinho Marques, S.; Martínez, J. N. 'El tiempo como arqueología de la memoria en su manifestación material e inmaterial'. Arquitectonics, pp. 71-94.

[15] Justel, N.; Psyrdellis, M.; Ruetti, E. (2013). 'Modulación de la memoria emocional: una revisión de los principales factores que afectan los recuerdos'. Suma Psicológica, 20(2), pp. 163-174.

[16] Gensburger, S. (2008). 'Lugares materiales, memoria y espacio social'. Anthropos. Huellas del conocimiento, 218, pp. 21-35.

[17] Huffschmid, A. (2013). 'La otra materialidad: cuerpos y memoria en la vía pública', en Cuerpos, espacios y emociones.

Martín Rodríguez, C. (2007). Análisis de la arquitectura doméstica en la isla de La Palma: "La historia de un pueblo escrita en sus casas"

Gil Crespo, I. J. (2014). El lenguaje vernáculo de las ventanas tradicionales canarias: Antecedentes, tipología y funcionamiento bioclimático.

González Álvarez, S., Hernández Pérez, M. V., Lorenzo Tena, A., Pérez Morera, J., & Poggio Capote, M. (2020). La ventana tradicional, signo de identidad de la arquitectura canaria: Exposición, La Palma y Tenerife, diciembre de 2020-septiembre de 2021.

Garcíarramos y Fernández del Castillo, F., & Alonso López, J. M. (2003). La ventana tradicional: Análisis morfológico.

Alemán Valls, S. (2015). Arquitectura tradicional de Canarias: Un recorrido a través del dibujo.

La documentación gráfica y visual incluida en este Trabajo de Fin de Grado es de elaboración propia, a excepción de la portada, que incorpora una caligrafía original manuscrita por una habitante del municipio, digitalizada posteriormente para su integración en el trabajo.



1933